La conquista del ESPACIO

FUGA EN KIL-EDRA

KELLTOM McINTIRE

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

550 – Juicio a una bestia espacial, *Glenn Parrish*.

551 – Los humanoides de Kebash, *A. Thorkent*.

552 – La leyenda de Mark Mirrel, *Clark Carrados*.

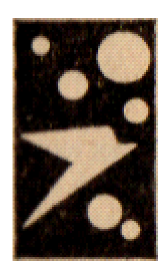
553 – Ha muerto None-2, *Ralph Barby*.

554 – Los planetoides de Kabarga, *A. Thorkent*.

KELLTOM McINTIRE

FUGA EN KIL-EDRA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 555
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 824 - 1981

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1981

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

—Has vuelto a Kogool, no lo niegues —dijo ella, hiriente.

EÍ hombre rubio que se había dejado caer sobre un taburete de patas de acero cromado guarnecido de auténtico y flexible cuero, rió entre dientes.

—¿Estás espiándome, Perla? —susurró, más divertido que despechado por el reproche que latía en las palabras de la bella mujer.

Ella, semidesnuda, ocupaba el centro de un lecho circular ricamente tapizado en seda natural de color dorado.

A la luz tamizada que penetraba a través de los tupidos visillos, los cabellos rojos de la mujer brillaban como una llamarada cobriza. El relumbre se reflejaba en su rostro bronceado, dándole un atractivo misterioso.

Johnson Myers la miró lentamente, recreándose en la contemplación de aquel exótico rostro de singular belleza.

Admiró una vez más los increíbles ojos verdes, muy claros, que destellaban con un brillo cálido en unas facciones perfectas.

«Perfectas... dentro de lo salvaje de sus líneas», pensó Johnson.

—¿Tengo razones para desconfiar de ti? —preguntó ella.

El hombre dejó escapar una corta carcajada.

—Es posible —contestó humorísticamente—. Es posible que no veas con buenos ojos que un hombre joven y saludable, como yo, tenga ansiedad de divertirse cuando dispone de unos días libres... Por otra parte, tú no siempre estás disponible, bien mío —la ironía distendió los gruesos labios del hombre—. Por lo común, prefieres asistir a las fiestas y saraos que convoca el general... Digamos que yo prefiero diversiones menos sofisticadas, más... sencillas.

Las facciones de Perla Mayer-Brown se atirantaron, borrando un poco su innegable belleza.

—Ya veo —gruñó con acritud—. Llamas sencillas diversiones a las groseras orgías que tú y tus amigotes organizáis en los prostíbulos de Kogool.

Johnson se incorporó, irritado.

—No hay tales orgías, ni frecuento el trato con prostitutas, como acabas de decir —se defendió—. Tus espías no están bien informados, querida. Si me han visto en Kogool, no se trata precisamente de bacanales, sino de asuntos del servicio. Soy el jefe de la SIP-Patrol en Dagangha. Y ello me obliga. . .

—...a complacer a una joven viciosa llamada Ting-Alli, famosa en toda la ciudad por sus conocimientos eróticos —expresó Perla, con

tono áspero.

Johnson sonrió.

¡Si ella supiera que la sabiduría erótica de la preciosa Ting-Alli había servido nada menos que para abortar un peligroso intento de sedición contra el general Richard Mayer-Brown, delegado en Tildrich del IC o Consejo Intercósmico!

Pero para Perla Mayer-Brown, la guapísima hija del general y de una princesa indígena, los secretos de Estado carecían de importancia.

Ella gozaba de una vida placentera, rodeada de lujos, de placeres y de protección. ¿Qué sabía ella de espías, de celadas, de jugadas sucias, de operaciones policiales peligrosas...?

El general la había mimado con exceso. Cierto que era su única hija y que su nacimiento había cortado la vida de la princesa Dimbrah, a cuya muerte el general había tenido que afrontar una tremenda crisis emocional que estuvo a punto de llevarle al suicidio.

El general era un hombre fuerte, duro, sólido con una roca. Le costó sudores de sangre superar el profundo vacío de la muerte de la princesa Dimdrah, pero en una de las más íntimas estancias del palacio-fortaleza que ocupaba en Dagangha y rodeada por doncellas nativas, yacía una niñita, apenas un rebuño de carne morena: su hija. Quizá Perla había servido para salvar al general. Era más que posible.

Pero Perla...

Johnson la amaba locamente. Cuando sentía su presencia próxima, olvidada por completo su insaciable sed de aventuras y se borraba el influjo que otras bellas mujeres producían en él.

Estaba enamorado de ella, sí. Pero no podía comprenderla.

Perla había heredado de su madre la belleza y aquel atractivo enigmático propio de la raza nativa. Pero de su padre había heredado la dureza y la intransigencia.

Ella jamás se detenía a considerar las razones con las que Johnson podría defenderse. Se guiaba por rumores, por impresiones superficiales y engañosas.

En varias ocasiones, su soberbia había estado a punto de separarles. Perla le había arrojado de sus habitaciones por dos veces. Y él se prometió que jamás volvería al palacio-fortaleza si no era para informar al general acerca de asuntos profesionales, casi siempre secretos e importantes.

Pero en cuanto penetraba en las lujosas y dilatadas estancias del palacio, el influjo de Perla se dejaba sentir inmediatamente. Era... como si cada rincón de aquel edificio estuviera impregnado por un perfume sutil, que revelaba su presencia.

Y una y otra vez, Johnson Myers claudicaba. Por lo general, los reencuentros solían estar presididos por el afecto desbordado y por la pasión. Ella murmuraba unos reproches, para entregarse finalmente

sin condiciones.

Pero Perla era incapaz de comprender que Johnson era él jefe de la SIP-Patrol, es decir, de la Space Intercosmic Police, y que su cargo le obligaba a llevar a cabo constantes investigaciones y a mantener contactos con personas diversas. Aunque se tratase de mujeres tan atractivas que gozaban de escandalosos antecedentes, como la propia Ting-Alli.

—¿No respondes, no te defiendes? —preguntó ella, anhelante.

Johnson se sentó al borde del lecho. Inmediatamente, ella retiró sus perfectos pies, cuyas pequeñas uñas habían sido cuidadosamente adornadas con laca roja nacarada.

—¿De qué serviría? —respondió, un tanto dolido por el despego de ella—. Fui a ver a Ting-Alli, en efecto. Pero sólo se trata de asuntos profesionales. No hay nada personal entre ella y yo...

Dudó.

—Lo siento —decidió—. Se trata de un asunto secreto. No puedo decirte nada más.

Se dejó caer sobre el anchuroso lecho circular y trató de apresar la pierna de Perla, pero ella le esquivó con facilidad y se puso en pie de un ágil salto.

Caminó con ligereza hacia el ancho ventanal velado por los espesos visillos y elevó los largos brazos en voluptuoso movimiento.

Johnson vio al trasluz el cuerpo divino, apenas cubierto por una sutil túnica de gasa celeste.

Y sintió inmediatamente que el fuego de sus sentidos se convertía en llamarada inextinguible.

¡Cómo la deseaba..., cómo la amaba!

Se puso en pie y se aproximó a ella. Pero Perla se volvió y le dirigió la más fría de las miradas, capaz de paralizar al hombre más osado.

Y él se detuvo y sus brazos, ansiosos, cayeron a lo largo del musculoso cuerpo.

—¡Vete! —escupió ella.

Había tanto desdén en sus palabras, que Johnson fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Vete —repitió ella—. No vuelvas más.

Johnson se volvió lentamente y caminó despacio hacia la alta puerta guarnecida de planchas de brillante metal rojo.

—Quizá sea mejor así —se dijo con tristeza—. No creo que pueda seguir soportando por más tiempo las veleidades de esta mujer. Tan pronto me hace arder de pasión, como logra enfriar mi sangre con una sola mirada...

Pero de repente se volvió y la miró insistentemente.

Su amor propio viril había sido profundamente lastimado. ¿No

había sido él un hombre atento, afectuoso, apasionado y leal? ¿Era preciso seguir plegándose a los caprichos de aquella hermosa mujer..., aunque se tratase de la hija del poderoso general Mayer-Brown?

—Nada más fácil —pronunció, altanero—. Precisamente estaba deseando recuperar mi libertad.

Sus palabras hicieron arder de furia las divinas mejillas de Perla. Mayer-Brown.

—¿Qué has dicho? —murmuró, temblorosa. En realidad no estaba muy segura de haber oído bien, porque... no podía concebir que ningún hombre, ni siquiera el mayor del SIP-Patrol, pudiera despreciarla.

—He dicho que estaba deseando ser libre —repitió con voz clara —. Soy un hombre, no un niño, querida. En Tildrich sobran las mujeres... Es posible que no posean un pedigrí como el tuyo, ni tu elegancia, ni tu poder... Pero se trata de seres de carne y hueso, atractivas, solícitas y... maduras.

Los ojos verdes destellaron de furia y humillación.

—Prostitutas —murmuró temblorosa de rabia—. ¡Eso es lo que son! Sucias meretrices que se arrastran por los hediondos callejones de Kogool. Imagino que es lo único que tú, Johnson Myers, te mereces.

El jefe de la SÍP-Patrol sonrió.

—No todas son prostitutas, querida. Conozco a muchachas como Meryl Thomas o Sarah-Lo, hijas de importantes jefes militares e ingenieros. Jóvenes sanas de cuerpo y espíritu que verían con mucho agrado que yo las mirase con complacencia —respondió.

Ella se volvió de espaldas bruscamente.

A caballo entre los insultos y el llanto, pronunció:

—Está bien. Vete y diviértete. Revuélcate en el fango. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un aventurero?

Johnson la estuvo observando durante un largo minuto. Al cabo, giró sobre sus talones, caminó unos pasos y empujó la puerta.

Pero ella reaccionó emocionalmente al ver que el hombre se alejaba.

—¡Johnson, Johnson...! —gritó—. ¡Vuelve! Hemos de...

Corrió hacia la puerta, anhelante:

A través del pulido pavimento espejeante, el alto y musculoso mayor Myers se alejaba a grandes pasos sin volverse una sola vez.

—¡Te lo suplico! —gimió una vez más—. ¡Vuelve!

Pero el hombre se perdió al final del pasillo y el rumor de sus pasos se extinguió.

Un sollozo hondo brotó entonces de los labios de Perla Mayer-Brown.

Desesperada, volvió sobre sus pasos, cerró la puerta

impetuosamente y corrió hacia el lecho, donde se dejó caer de bruces.

Lloró su desamor y despecho durante largos minutos.

Finalmente se incorporó, furiosa:

—Has recobrado la libertad, como querías —pronunció con voz tremenda—. Probablemente te he perdido para siempre, Johnson Myers. Irás a revolearte con tus sucias y lascivas meretrices y yo me atormentaré cada noche en la soledad de mis habitaciones o en las vacías y monótonas celebraciones de palacio, imaginando cómo tus labios besan otros labios y tu cuerpo se entrega a otros cuerpos…

Se enjugó, rabiosa, las lágrimas que corrían por sus mejillas. Y decidió:

—Si he de sufrir por tu causa, tú también sufrirás por la mía…

CAPITULO II

De las alturas provenía el monótono y potente zumbido de los centenares de gozls (enormes insectos de hasta tres kilos) que volaban alrededor de las superlámparas que iluminaban Dagangha como si fuera de día.

Allá arriba, los repugnantes coleópteros entrechocaban sonoramente entre sí o se estrellaban con un característico fragor de élitros pulverizados contra las sólidas pantallas metálicas.

Por lo común, centenares de los insólitos insectos de Tildrich tenían que ser recogidos a la mañana siguiente por los servicios sanitarios e incinerados en el gran horno crematorio situado a las afueras de Dagangha.

La antigua ciudad anexa a la antigua Base Uno de Tildrich se había desarrollado mucho en las últimas décadas, de forma que su perímetro actual se había duplicado por diez.

Los servicios habían tenido que prender fuego a más de trescientas hectáreas de la espesa selva que rodeaba a Dagangha, con el fin de construir nuevas viviendas y edificios complementarios de servicios.

Más allá de los llanos cubiertos de cenizas. Se elevaba una alta y resistente valla metálica que circulaba Dagangha en toda su extensión. La valla se electrificaba al anochecer con una corriente de 50.000 voltios, capaz de carbonizar por simple contacto a cualquiera de las peligrosas y grandes fieras que bullían en la más verde de las selvas de Tildrich, cuyo nombre significaba en idioma nativo «Planeta Verde».

Esta medida podría parecer excesivamente cruenta y rotunda, si no se tuviera en cuenta la peligrosidad de los animales que pululaban en Tildrich, algunos de los cuales llegaban a pesar treinta toneladas.

De este modo, cuando una estridente sirena anunciaba a todos la electrificación de la valla, nadie podía acercarse a la red metálica a menos de treinta metros, pues hacerlo significaba tanto como el suicidio fulminante.

Es decir: nadie podía abandonar Dagangha después del anochecer…, excepto por el aire. Y las fuerzas del SIP-Patrol vigilaban constantemente la Aerobase situada detrás de las colinas donde se erguía el palacio-fortaleza del general Richard Mayer-Brown.

Naturalmente, el gobierno de Mayer-Brown era de signo dictatorial. Las normas de seguridad eran severas y rígidas y los castigos solían ser muy eficaces y ejemplarizantes. Pero esta actitud estaba más que justificada: a lo largo de cincuenta años se habían producido docenas de rebeliones e intentos golpistas.

El planeta Tildrich, con una masa 1.800 superior a la Tierra, cubierto en casi toda su superficie por lujuriosas selvas, suponía una inmensa reserva de recursos materiales de toda índole, Su riqueza vital, zoológica (más de dos mil especies de cuadrúpedos de gran tamaño) y sus yacimientos minerales, la habían convertido en la presa más codiciada de la galaxia.

Con todo, y por encima de las medidas de seguridad estrictas, el gobierno del general Mayer-Brown se distinguía por su permisividad en otros órdenes. Se autorizaba, por lo común, toda clase de exploraciones, proyectos y explotaciones encaminadas a desarrollar la industria y el comercio. En lo social, ocurría otro tanto: en Dagangha proliferaban los lugares de diversión y de placer. De forma que la ciudad disfrutaba de una vida nocturna muy movida y diversa.

Johnson Myers pensaba en todo esto mientras se dirigía sin prisas hacia el suburbio de Kogool, situado hacia el sur.

Aún no había logrado superar la tensión que había provocado su última entrevista con Perla Mayer-Brown, aunque hacía muchas horas que abandonó el palacio-fortaleza del general.

Cierto que experimentaba vacío y amargura, pues no en balde había dedicado a aquella bella y despótica mujer casi dos años de su vida. A pesar de lo cual estaba absolutamente decidido a dar por terminada aquella relación sentimental.

¿Qué otra cosa podría hacer? Seguir unido a Perla sería tanto como aceptar el vasallaje impuesto por la caprichosa mujer.

Ahora se dirigía al lupanar regentado por la bella nativa llamada Ting-Alli. Por primera vez, Johnson no acudía allí por motivos relacionados con su labor policial. Algo indefinible le empujaba a buscar un poco de distracción y alocado placer en la casa que dirigía Ting-Alli.

Los lazos que unían al mayor Myers con la bella prostituta no eran precisamente sexuales. En realidad, Ting-Alli le había prestado importantes servicios como confidente.

En un lugar como aquel negocio, por donde pasaban diariamente centenares de hombres y mujeres, Ting-Alli tenía montado un sutil y efectivo servicio de espionaje. Era ella precisamente quien había detectado la conjura golpista del coronel Aldo Edmonton y varios de sus oficiales. Desenmascarado oportunamente, Edmonton había sido juzgado y condenado. Una condena nada suave: veinte años en el infierno de Kil-Edra, macizo montañoso del interior, con alturas que casi rozaban los 19.000 metros. En Kil-Edra se estaba construyendo un inmenso complejo subterráneo con una astrobase adjunta. Los trabajos duraban ya, y eran llevados a cabo por individuos condenados por diversos delitos. Precisamente el coronel Edmonton y sus oficiales sediciosos permanecían todavía allí.

Naturalmente, los servicios que Ting-Alli había prestado a la causa del general Mayer-Brown a través del mayor Myers no eran gratuitos. Johnson había pagado a Ting-Alli sustanciosas cantidades en dallers, la moneda usual en Tildrich. A pesar de lo cual se sentía reconocido a aquella atractiva mujer por su demostrada lealtad.

Al final de la calle, Johnson vio brillar las luces rojas que indicaban la localización del negocio de Ting-Alli. Se llamaba Hardy-Wee, lo que en lenguaje indígena venía a significar Refugio Azul, denominación que tomaba del color azul que dominaba en su decoración interior, decididamente lujosa y esmerada.

El gigantesco tildrish que guardaba la entrada le abrió la puerta y le saludó con una leve inclinación de cabeza. Debía haber avisado mediante timbre oculto a la dueña, porque un momento después apareció la subyugante Ting-Alli, envuelta en la transparente túnica azul que permitía admirar la perfección de su cuerpo escultural.

—Buenas noches, zuru —saludó con desenvuelta confianza.

Y le besó ambas orejas, a la usanza nativa. Luego se lo llevó, pasillo adelante, hacia una de las estancias interiores.

Johnson se sentía muy satisfecho aquella noche de que Ting-Alli le hubiera llamado zuru (amor). No obstante, y a pesar de que el roce de aquel bello cuerpo le excitaba más de lo deseable, Johnson dirigió una rápida mirada al amplio salón donde las jóvenes de Ting-Alli solían divertir a los clientes.

En rápido vistazo —la mujer le arrastraba hacia adelante— le permitió ver a algunas de las personas reunidas en el salón. Y cuando reconoció al teniente coronel Harcon Doboe, palideció.

—¿Qué hace aquí Doboe? —preguntó a su compañera, reteniéndola con fuerza por una mano.

Ting-Alli se echó a reír.

—Imagino que le trajo el mismo motivo que a los demás: pasar un agradable rato en la intimidad con una o varias bellas jovencitas —respondió.

Le miró intensamente, atrajo su atención y preguntó:

—Por cierto, ¿qué te ha traído aquí, zuru? No me has avisado como otras veces… Pareces tan nervioso. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió él con brusquedad—. Sólo que no me gusta Doboe.

Ting-Alli le acarició el cuello con su tibia y fina mano.

—Olvídate de él. ¿Qué puedes temer de ese pobre diablo? Desde que el general le retiró su confianza y le degradó, no hace otra cosa que beber y fumar cigarrillos de esa hierba que llaman rinx-groy (alma del diablo) —comentó la mujer—, en el fondo, Doboe me da lástima. Era un hombre apuesto y atractivo, PERO ya no es ni la sombra de lo que fue.

Le arrastró suavemente hacia una pieza interior y le invitó a recostarse en un mullido diván tapizado en raso azul.

—Descansa. Te traeré de beber y... algo más. Adivino que estás necesitando algo muy especial —dijo ella con un susurro.

Cerró la puerta con cuidado y desapareció.

Johnson se sintió inexplicablemente inquieto. Era como si sintiese la proximidad del peligro.

Pero ¿qué clase de peligro? Nada malo podría ocurrirle en Hardy-Wee. Ting-Alli disponía de numerosos y robustos guardaespaldas que se ocupaban eficazmente de mantener el orden en el Refugio Azul.

La puerta volvió a abrirse. Johnson percibió un perfume nuevo inmediatamente, pero no se movió.

—Bebe esto —Ting-Alli ponía en sus manos un gran vaso lleno de pedazos de frutas exóticas y un líquido azulado y frío.

Probó un sorbo y volvió a repetir. El líquido emanaba un fragante aroma frutal, pero no era aquel olor el que habían percibido los sentidos del mayor Myers.

Se volvió —apenas giró el cuello— y la vio.

Ting-Alli se había marchado. La joven —apenas una adolescente— permanecía aún en pie, tímidamente, junto a la puerta.

Deslumbrado, Johnson se incorporó y la observó con gran interés.

Lo merecía de sobra aquella jovencita mulata de largos cabellos, negros y sedosos, rostro aniñado y bellísimo y admirables piernas abiertas en compás.

Estaba absolutamente desnuda.

Sus incipientes senos de virgen semejaban dos frutas más, a punto de sazón. La mirada de Johnson descendió y sus ojos febriles admiraron la menuda cintura, el aterciopelado vientre, la suave línea de las caderas, el rizado y espeso vello del pubis...

—¿Quién eres tú? —preguntó, fascinado.

—Kira-My —respondió ella con una voz maravillosamente modulada.

Y sonrió, tímida.

Johnson advirtió que las aletas de su nariz se distendían. Aspiró profundamente el perfume sutil, embriagador, que exhalaba el cuerpo de Kira-My.

Suspiró profundamente. Comprendía que la inesperada presencia de la adolescente en aquella estancia iluminada tenuemente acababa de revolver como un baño de fuego sus sentidos. Más, mucho más intensamente que el efecto que le había producido, momentos atrás, el sensual roce del cuerpo sensual de Ting-Alli.

Incrédulo, avanzó dos pasos, adelantó las manos y la tocó.

No era una aparición, no se trataba de un ectoplasma, sino de un ser real, de carne y hueso. Una criatura preciosa, perfecta.

—Está bien —se separó unos pasos estupefacto—. ¿Qué haces tú aquí, Kira-My?

La misma tímida, insegura sonrisa, dilató los húmedos labios de la muchacha.

—He venido a complacerte —dijo—. Ting-Alli me envió.

Johnson se volvió rudamente.

Después se volvió al diván y se dejó caer con un resuello nervioso.

—Eres preciosa, Kira-My —pronunció, seca la garganta—. La mujer más bella que haya visto jamás. Pero... no alcanzo a comprender qué haces aquí. Eres demasiado joven para...

Calló bruscamente, avergonzado.

Tiró de la borla de seda que caía sobre el diván y esperó, mirando a hurtadillas a la muchacha, que permanecía en el mismo lugar, observándole a su vez.

Un momento después penetraba Ting-Alli en la estancia. Cerró a su espalda y quedó apoyada en la puerta, mirando alternativamente a Kira-My y al mayor Myers.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendida—. Imaginaba que a estas alturas ambos estaríais...

—Ting-Alli —bramó Johnson—. Llévatela. Y si quieres agasajarme, envíame a una de tus veteranas hetairas.

El asombro de Ting-Alli fue mayúsculo.

—¿Es que no te gusta Kira-My? —preguntó.

—Me gusta... demasiado —respondió Johnson, hosco—. Pero es una niña.

—Es una mujer de una pieza —respondió la dueña, malhumorada —. Precisamente la he reservado para ti, zuru. Yo no puedo atenderte... hoy. Tengo que atender a muchas cosas esta noche. Y todas las demás chicas están ocupadas. No puedo entender que rechaces a esta preciosidad. Recapacita, Ting-Allzuru: es mi homenaje en tu honor. Tengo muchas cosas que agradecerte. Por eso cuando sus padres me enviaron a Kira-My hace unos días...

—¿Te la enviaron sus padres? —preguntó el mayor Myers, incrédulo.

—Así es. Decidieron que Kira-My debía iniciarse sexualmente. Es lo acostumbrado entre los indígenas. La mujer debe dominar todas las artes eróticas antes de contraer matrimonio: esto asegurará la felicidad y tranquilidad de su esposo. ¿Lo entiendes?

Myers asintió con lenta cabezada. Al cabo, alzó los ojos y miró a Ting-Alli. No quiso mirar a Kira-My cuando preguntó a la dueña:

—Dime una cosa. ¿Es... virgen?

—Por supuesto. Expliqué el asunto a Kira-My. Le pregunté si le gustaría tener su primera experiencia con un hombre apuesto e importante como tú. Respondió afirmativamente. Creo que en

realidad se siente encantada de ser iniciada por un hombre como tú, zuru. También imaginaba yo que te sentirías enormemente sorprendido, pero advierto que no te sientes complacido...

Myers no dijo nada. Se limitó a beber un trago del frío néctar que aún quedaba en su vaso.

—De todas formas, Kira-My conocerá un varón, antes o después. Si no eres tú, será otro —dijo Ting-Alli—. Lamento que te haya decepcionado, zuru. Creo que lo mejor será que me la lleve...

—¡¡Déjala!! —bramó Johnson.

Y el primer sorprendido de su salvaje reacción fue él mismo.

—Deja a Kira-My, por favor —suplicó—. Necesito hablar con alguien.

Ting-Alli tomó su vaso.

—Muy bien. Volveré dentro de un momento y os traeré nuevas bebidas —dijo. Y se marchó en seguida.

Myers se puso en pie.

—Siéntate, Kira-My —rogó.

Ella obedeció, plegando sus largas y finas piernas con gesto gracioso y elástico.

—¿Es cierto, Kira-My? —preguntó roncamente, sin mirarla—. ¿Es verdad que deseas entregarte a mí?

—Sí —respondió la joven con elemental sencillez.

Johnson tragó saliva.

Pero ¿qué diablos le estaba pasando? Se sentía asimismo ardiendo en oleadas salvajes de deseo. ¿Era quizá el efecto del brebaje que le había traído Ting-Alli? Ella sabía muy bien que estaba absolutamente prohibido mezclar drogas en los refrescos y bebidas alcohólicas.

Se oyeron dos discretos golpecitos en la puerta y en seguida penetró Ting-Alli, que traía una bandeja con dos vasos que contenían bebidas azuladas.

—¿Qué es lo que has echado aquí? —preguntó el mayor Myers, reteniendo a la dueña por un brazo—. ¿No estarás intentando drogarme?

Ting-Alli le dirigió una furiosa mirada.

—¿Cómo puedes imaginar tal cosa? —respondió, dolida—. Siempre te he servido con total lealtad.

Había tanto reproche en los ojos de la mujer, que Johnson apartó su mirada, avergonzado.

—Lo siento, discúlpame. No sé lo que me digo —se excusó.

—Eso está mejor —sonrió Ting-Alli. Dirigió una mirada a la tímida Kira-My y dijo—: Divertiros. Nadie os molestará a partir de ahora.

Y se fue.

Johnson sentía tremendas palpitaciones en las sienes cuando tomó la bandeja y ofreció las bebidas a Kira-My.

La jovencita tomó uno de los vasos, probó un sorbo y se relamió los labios, golosa. Aquel gesto tan natural sólo sirvió para enfebrecer aún más los excitados sentidos del mayor Myers, que tomó su vaso y se sentó en el diván juntó a Kira-My.

Aspiró el perfume que fluía de su piel y sin poder resistir más rozó con sus labios el hombro de la muchacha.

—Kira-My —murmuró él, roncamente. Y sus manos estrecharon el prieto y esbelto talle femenino.

Ella se plegó sumisa y agradecida a la profunda e íntima caricia.

Luego ambos se recostaron en el diván y se dejaron llevar por la pasión.

No había ningún remordimiento en el corazón de Johnson Myers. Ni siquiera recuerdos. La silueta de Perla Mayer-Brown no se interpuso entre los dos. En realidad, el recuerdo de aquella mujer acababa de borrarse profundamente en la memoria de Johnson. A partir de aquel momento, sólo tuvo una palabra en los labios:

—¡Kira-My!

CAPITULO III

Su rostro se aplastó brutalmente contra las losas del despacho del general.

—Levántese, Myers —pronunció una voz fría como el hielo.

Johnson se alzó del suelo con gran dificultad. Y su mirada tropezó con los ojos azules e inmisericordiosos del general Richard Mayer-Brown.

—¡Levántese, he dicho!

Alguien le aferró rudamente por los cabellos y le ayudó de un bestial tirón a erguirse. Sobre las losas quedaban las huellas de su sangre.

—Nunca lo hubiera esperado de usted, Myers —pronunció el general con desprecio—. Nunca. El único hombre en quien siempre había confiado, acaba de traicionarme.

Pero ¿de quién estaban hablando?

No comprendía nada, no entendía nada.

Sólo recordaba que había sido despertado bruscamente mientras dormía en una de las estancias del Hardy-Wee en compañía de la preciosa Kira-My.

Habían destrozado la puerta a culatazos y varios hombres habían irrumpido violentamente en aquella habitación privada. Kira-My había dejado escapar un gritito de espanto. Alguien la había arrastrado salvajemente fuera de la habitación. Y luego...

Debieron golpearle contundentemente, con gran saña, pues había perdido el conocimiento en seguida.

No hacía ni diez minutos que recuperara el sentido... en uno de los calabozos del SIP. Precisamente le habían encerrado en las dependencias de la organización de la cual él era el jefe en Dagangha. ¿Podía caber mayor sarcasmo?

—No hay ninguna duda, general. Aquí están las pruebas —dijo alguien, próximo.

Johnson trató de aclarar la visión. Alzó la cabeza, miró y... vio a Doboe, que entregaba unas placas magnetofónicas al general Mayer-Brown.

¿Qué había ocurrido, de qué pruebas hablaba aquel traidor?

Trató de hablar, de explicarse, de defenderse. Apenas podía articular palabra, tan lamentable era su estado físico y mental. Las ideas bailaban una barahúnda estúpida en su mente, era verdaderamente incapaz de poner en orden sus recuerdos.

—La mujer logró escapar, general. Pero no creo que pase mucho tiempo antes de que sea detenida —decía el ex teniente coronel

Harcon Doboe—. Es demasiado joven y tenemos su descripción y datos personales. De todas formas, la presencia de Kira-My no es necesaria para demostrar fehacientemente la traición del mayor Johnson Myers. En las placas están impresionadas las voces de todos los conjurados, incluyendo la de Myers. He podido identificar por la voz a todos los rebeldes. Sus nombres constan en la relación adjunta.

El atlético tórax de Johnson se hinchó.

—¡Canalla! —gritó—. Sólo son pruebas amañadas.

Pero alguien le golpeó con la fusta en plena boca y le reventó los labios, de modo que se atragantó con la sangre, la tragó para no ahogarse y dejó caer la cabeza.

—¡Déjenle! —ordenó el general—. Quiero oírle. Hable, Myers. ¿Puede desmentir la acusación del teniente coronel Doboe?

Teniente coronel Doboe. ¿Tan rápidamente le habían sido devueltos su grado, su cargo, la confianza?

En cambio, el general había llamado simplemente «Myers» al jefe del SIP, sin anteponer la palabra «mayor».

De repente, Johnson experimentó una repugnancia aún más intensa que la que había sentido al tragar un buche de su propia sangre.

¿Valdría de algo defenderse, cuando el general había tomado su propia decisión al rehabilitar, de hecho, al traidor de Doboe?

Ni siquiera valía la pena decir: «Soy inocente».

Tampoco valía la pena servir lealmente a un hombre como Mayer-Brown, ni exponer su vida por él y la seguridad de Dagangha, como había hecho tantas veces.

—Ya lo ve, señor —oyó decir a Doboe—. Su actitud misma vale por una confesión en toda regla. Ni siquiera se defiende.

Transcurrieron unos intensos instantes. Todos estaban en silencio, de forma que apenas podía escucharse el salpicar de las gotas de sangre que seguía fluyendo de los reventados labios de Johnson Myers.

—Devuélvanle al calabozo y manténganle aislado y fuertemente vigilado hasta que sea llevado ante el Consejo —dictaminó el general.

Johnson se abandonó a los brazos de los hombres de Doboe, que le arrastraron rápida y brutalmente hacia el exterior. Allí fue izado hasta la plataforma de un trans y llevado de nuevo a los calabozos del SIP.

Pasó ante dos de sus propios oficiales y le llevaron pasillo adelante hasta una celda del sótano, donde lo arrojaron brutalmente.

Johnson jadeó. Respiró profundamente hasta que su respiración se tornó más tranquila y regular. Luego se incorporó, buscó a tientas el grifo del agua, se refrescó las sienes y el cuello, bucheó repetidas veces hasta que su boca quedó libre de cuajarones de sangre y volvió a dejarse caer al suelo.

Fue entonces cuando pensó en Ting-Alli.

—¡Esa condenada zorra! —gruñó—. Al fin, se decidió a venderse al mejor postor. Y el mejor postor era, sin duda, Harcon Doboe. ¿Qué otra cosa puedo pensar? Aún siento el paladar áspero, acre… Y la cabeza me da vueltas como cuando se ingiere una fuerte droga. Debió mezclar algún narcótico en las bebidas.

A pesar de todo, le costaba creerlo. Ting-Alli le había ofrecido demasiadas pruebas de lealtad. Sin embargo… todos somos fieles hasta que dejamos de serlo. Ting-Alli amaba el dinero. Probablemente, Doboe había reunido una cantidad sustanciosa de dinero. Lo suficientemente alta como para vencer los escrúpulos de Ting-Alli.

—¿Y Kira-My? —se preguntó.

¿Sería posible que aquella jovencita de aspecto celestial le hubiera vendido también…?

Un rictus amargo frunció sus labios heridos.

Poco a poco volvían los recuerdos. Veía a Kira-My entre sus brazos, fragante y sumisa, ansiosa y próxima, ofreciéndose anhelante, rendida… Y después la vorágine del placer compartido, sus gemidos, su apasionada entrega…

Sin proponérselo, los reventados labios sonrieron, rememorando aquellos momentos de intenso frenesí.

¡Qué dulce era Kira-My, qué tierna y jugosa! Como Ting-Alli había afirmado, la jovencita era virgen. Pero Johnson la había tratado con ternura y delicadeza y la unión había sido placentera y excitante hasta la voluptuosidad.

Y ahora tenía que enfrentar la odiosa realidad; también ella estaba involucrada en la sucia trampa urdida por Harcon Doboe.

De todas formas, ¿en qué consistían las pruebas de su pretendida traición? Según había dicho Doboe, se trataba de unas conversaciones grabadas… Una estupidez, pues si Doboe había amañado falsas pruebas, cualquier experto pondría de manifiesto la superchería.

—Quizá no esté todo perdido… todavía —se dijo.

Sin embargo, algo en su interior le decía que no iba a poder escapar fácilmente a la pegajosa tela de araña que Doboe había urdido a su alrededor.

Era la misma clase de premonición —¿el famoso sexto sentido?— que le había hecho sentirse inquieto cuando descubrió al ex teniente coronel en el salón del Refugio Azul.

Tendido en el suelo, el cansancio y el sueño le rindieron.

Despertó algún tiempo después. Le había parecido notar, que alguien, o algo, acaba de rozar su rostro.

Se incorporó. En la penumbra vio un pedacito de papel doblado varias veces sobre sí mismo.

Lo tomó entre sus dedos, dirigió una desconfiada mirada a la puerta de hierro, se puso en pie, prestó atención a cualquier rumor que procediera del pasillo y finalmente volvió bajo el elevado ventanuco a través de cuyos barrotes penetraba un fulgor mortecino.

Desenvolvió aquel pedazo de papel y leyó ávidamente. Alguien había escrito unas pocas líneas con una letra muy cuidada, de rasgos femeninos.

«Zuru Johnson:

Sufro horriblemente por ti, al saber que has sido detenido por aquellos salvajes individuos que penetraron violentamente en nuestra habitación. También a mí me arrastraron y golpearon, pero logré escapar, aun no logro explicarme cómo lo conseguí, pues numerosos policías y trans blindados rodearon el Hardy-Wee. A pesar de que aún me siento aterrorizada, me conforta tu recuerdo y el de los maravillosos momentos que pasamos juntos. Nunca podré borrarte de mi corazón, ocurra lo que ocurra.

Intentaré hacer algo por ti, pero no sé si lo conseguiré. De momento, he conseguido que una amiga te haga llegar esta nota. No puedo escribirte más. Enteramente fiel,

KIRA-MY.»

Pasmado de asombro, Johnson dirigió una mirada hacia el ventanuco y volvió a releer la nota manuscrita.

«Al menos, una agradable sorpresa, un rayo de luz en las tinieblas», pensó, estremecido de gratitud hacia la persona que había escrito aquellas líneas.

Oyó unos pasos en el pasillo subterráneo y se alertó.

De repente, le asaltó aquella duda:

—Esta nota..., ¿no formará parte de otra trampa más?

Desmenuzó rápidamente el papel y se lo tragó con un buche de agua.

La puerta de hierro chirrió unos segundos después. En el pasillo, un oficial del SIP y dos hombres armados.

—Salga de ahí, Myers. El juez le espera.

CAPITULO IV

Johnson se dejó caer, anonadado, sobre el banquillo.

Era increíble, pero Doboe había logrado urdir una trampa mortal sobre él. Había aprovechado retazos de conversaciones suyas que, unidas a las voces de otras personas, presuntamente sospechosas, formaban un documento capaz de inculparle.

Y no sólo eso... Doboe no había perdido una sola oportunidad. Le había espiado constantemente, había registrado sus idas y venidas, sus viajes al asteroide Huyiax y al planeta Tenx-Akuch y había filmado meticulosamente algunas de sus entrevistas con sospechosos. Entrevistas encaminadas precisamente a demostrar la culpabilidad de algunos personajes importantes, pero que Doboe utilizaba ahora como si el mayor Myers hubiera estado de acuerdo con los sedicentes.

—Jamás hubiera sospechado tanta inteligencia y astucia en un hombre tan gris como el teniente coronel Doboe —se confesó a sí mismo—. El suyo ha sido el trabajo más brillante y concluyente..., aunque absolutamente falso.

Lo cierto era que los hombres que iban a juzgarle habían admitido las pruebas amañadas como indicios fehacientes de la culpabilidad del hombre que ahora se sentaba en el banquillo.

A la sesión del Consejo asistía también un ceñudo general Mayer-Brown que ni una sola mirada había dedicado al acusado.

«Para él, el caso está visto para sentencia. Y no cabe dudar del veredicto: culpable», pensó Myers con amargura.

En realidad, ahora comprendía que el general jamás se había fiado de él. Ni de nadie. ¿Cabía pensar otra cosa cuando había aceptado la acusación de Doboe antes de concederle el beneficio de la duda?

—Johnson Myers, póngase en pie. El Consejo va a dictar el veredicto y la sentencia —anunció alguien.

Johnson se puso mecánicamente en pie.

—¿Tiene algo que decir en su descargo, alguna cosa que declarar? —le preguntó el presidente del Consejo.

En su pecho ardía la rebeldía. ¿Tendría que purgar un delito que no había cometido?

Sin embargo, negó con un ademán.

—Nada que declarar —pronunció con voz alta y clara que retumbó en la estancia.

¿Por qué no había hablado, por qué no se defendía?

Sencillamente, porque necesitaba que todos le consideraran culpable. Quizá en esta forma estaría la posibilidad —algún día remoto— de demostrar que todos se habían equivocado, que le

habían hecho objeto de una tremenda injusticia.

Aunque, ¿valdría la pena? El fiscal acababa de solicitar para él la degradación y veinte años de trabajos forzados en el campamento de Kil-Edra. Y todos sabían que Kil-Edra era tanto como mencionar el infierno.

Los hombres que componían el Consejo se habían puesto solemnemente en pie.

—El veredicto es: ¡culpable! En consecuencia, este consejo ha dictado sentencia. El mayor Johnson Myers será privado de su rango, grado y recompensas y condenado a diez años de trabajos forzados, que cumplirá en el Destacamento de Kil-Edra.

Johnson se mantuvo enhiesto con la vista perdida en el infinito hasta que dos policías SIP le sacaron del salón del Consejo.

Diez años en Kil-Edra.

Según sus noticias, la mayoría de los condenados no soportaban tanto tiempo... vivos.

Mientras caminaba a paso rápido a lo largo del pasillo —los vigilantes le golpearían a culatazos si remoloneaba—, Johnson se preguntó qué intereses habían animado a Harcon Doboe para amañar las «pruebas» que iban a suponerle la ruina profesional, más de diez años de trabajos forzados.

Jamás había hecho ningún mal a aquel intrigante individuo. Si el general Mayer-Brown le había retirado su confianza, sus razones tendría, pues aunque seco, rígido y duro, el general era un hombre justo, de honor.

—Probablemente no buscaba otra cosa que rehabilitarse.

Pero a un precio carísimo; hundir a un inocente —murmuró, rabioso.

Y algo más.

Lo comprendió cuando los vigilantes le empujaron sin consideración hacia el trans blindado que le aguardaba para devolverle al calabozo.

Por encima de las cabezas de las personas que se congregaban, curiosas, vio de pronto a Perla.

Sus miradas se encontraron y Johnson advirtió la fría sonrisa que distendía los labios de aquella mujer a la que tanto había amado.

Y comprendió: ella se había vengado.

De la forma más rastrera e innoble. Probablemente, se habría entrevistado numerosas veces con Doboe. ¡Naturalmente! Doboe era quien la mantenía informada acerca de todos sus movimientos.

Sólo que ella no había decidido hundirle hasta que comprendió que Myers, decepcionado, no volvería jamás a ella.

También él sonrió fríamente, alzado el mentón y cuadrados los musculosos hombros. Pero un vigilante le obligó a subir al vehículo

de un seco culatazo en plena espalda.

Johnson sofocó un gemido, aspiró profundamente para dominar el dolor y subió de un salto al vehículo blindado.

—Algún día volveremos a vernos, Perla Mayer-Brown —pronunció mordiendo las sílabas cuando el panel metálico le dejaba en tinieblas.

*

La astronave descendió majestuosa sobre la pista, tan pulida como una mesa de marfil.

Los poderosos retrocohetes despidieron tufaradas de fuego, el vehículo se balanceó a unos cincuenta metros de altura, avanzó un poco y finalmente descendió suavemente hasta el suelo.

Por la rampa descendieron cuatro hombres del SIP conduciendo a un preso, al que habían esposado con los brazos cruzados a la espalda en una torsión brutal y dolorosa.

Johnson Myers hinchó cuanto pudo sus pulmones del fresco aire de la montaña y dejó que sus ojos se llenaran de luz.

Indudablemente, aquel paisaje tenía algo de hermoso y mucho de impresionante. Hacia el oeste, los rayos del sol arrancaban reflejos deslumbrantes de la cordillera helada. Enhiestos picos de doce mil metros de altura rodeaban majestuosamente la pavorosa sima, de un azul profundo, aterrador.

A la izquierda, hacia el final de las dilatadas pistas de varios kilómetros de longitud, la montaña aparecía cortada a pico. En lontananza se veían gigantescas maquinas de remoción de tierras.

Detrás de él, es decir, hacia el este, la meseta artificial de la astrobase, quedaba cortada a pico, de forma que los rayos del sol se hundían en un vacío pavoroso. Hacia el sur, en la falda más oriental de la montaña, descendían agudas laderas cubiertas de altísimos árboles.

La vegetación crecía en Tildrich hasta los seis mil metros de altura, lo que daba una idea al prisionero de la altitud a la que había de sobrevivir.

En pocos segundos, Myers comenzó a resentirse de la altura. Sentía oprimido el pecho y notó los primeros síntomas de ahogo. Pero no le dieron tiempo a preocuparse demasiado por ello: un brutal empellón dio con él en tierra.

—No has venido aquí para recrearte con el panorama, prisionero —le dijo uno de sus vigilantes—. Has venido para dejarte el pellejo a tiras, trabajando y padeciendo.

Tuvieron que ponerle en pie de un tirón, pues comenzaba a asfixiarse. En volandas le llevaron hasta un trans, dentro del cual volvió la oscuridad, donde jadeó estertorosamente por espacio de casi

media hora.

Al cabo, la puerta se abrió y le indicaron que debía salir.

Entonces vio el dédalo de caminos que bordeaban insondables precipicios de miles de metros de profundidad. La luz del sol no llegaba ya hasta allí y una penumbra azulada reinaba sobre el paisaje.

Vio unos barracones metálicos y comprendió que era hacia allí donde iban a dirigirse. Miro hacia arriba y contempló un talud rocoso que se elevaba verticalmente más de mil metros. Allá arriba se dejó oír un graznido horroroso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Johnson, sin poderse contener.

Uno de los guardianes rió brutalmente.

—Son los Qoolds, buitres de trescientos kilos que pueden arrancarte la cabeza de un solo picotazo.

¿Bromeaban?

Desde luego, corrían muchas leyendas sobre el destacamento de Kil-Edra. Leyendas espeluznantes, para decir la verdad, aunque Johnson imaginaba que la mayor parte de aquellas historias serían simples bulos creados por la fantasía de los ociosos.

Se hablaba, por ejemplo, de que los kruugs se ocupaban de vigilar el destacamento desde los más altos macizos.

Pero ¿qué eran los kruugs? Alguien había asegurado que se trataba de salvajes cíclopes que... se alimentaban de carne humana.

Naturalmente, Johnson se había reído de estas historias. Desde luego que en Tildrich podría encontrarse una gama portentosa de extrañas criaturas, pero los ciclopes de cuatro metros de estatura...

Los indígenas se referían a menudo en su folklore a los gigantes, a los que describían como hombres ciclópeos y greñudos, con aficiones caníbales. Pero Johnson había formado parte, años atrás, de numerosas expediciones científicas y jamás se había tropezado con los pretendidos gigantes.

No tuvo tiempo para seguir pensando, pues acababan de llegar ante una de aquellas construcciones metálicas.

Los vigilantes le empujaron hacia una puerta. Jadeando y tropezando, entró.

Detrás de una mesa había un hombre enorme, que debía medir algo más de dos metros. En cualquier caso, sus hombros no medirían menos de setenta y cinco centímetros. Parecía un indígena, a juzgar por el color oscuro de su epidermis y lo tosco de sus facciones, netamente prognáticas.

La lámina metálica que lucía sobre su uniforme anunciaba que se trataba del sargento Koe.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el formidable Koe, sin mirarle.

—Mayor Johnson Myers, jefe de...

Se interrumpió bruscamente. Pero la reacción de Koe fue

fulminante. Sin moverse de su asiento, elevó un larguísimo brazo y golpeó con un puño monstruoso la boca de Johnson, que reculó tan violentamente como si acabase de recibir una coz.

—Te pregunté cómo te llamas, prisionero —pronunció Koe, sin conmoverse, cuando los guardias elevaron del suelo al sangrante Johnson.

—John...son Myers —logró articular el condenado. Y una bocanada de sangre resbaló de sus labios.

—Barracón nueve —pronunció Koe—. Quítenle las esposas. Les entregaré un recibo.

Mientras le desposaban, Johnson oyó a Koe, que hablaba a través de un interfono.

—Vengan dos del Nueve —dijo.

Los del SIP (precisamente los hombres a los que Myers había formado, entrenado y dirigido), recogieron su recibo y abandonaron la pequeña estancia sin murmurar una palabra de despedida.

—Has manchado el suelo, cerdo —escupió Koe, rodeando la mesa —. Limpia esa sangre.

—¿Cómo? —preguntó el prisionero, atónito.

Por toda respuesta, el gigantesco individuo le atenazó por los hombros y desgarró su ropa de un tirón bestial. Luego le puso en la mano el jirón. Johnson cerró los ojos, apretó los sangrantes labios, hinchó su pecho de aire y... se inclinó con torpeza y enjugó el charquito de sangre que manchaba el suelo.

Estaba dedicado a aquel trabajo, cuando dos individuos penetraron en la oficina. Eran tan altos y musculosos como el sargento Koe y sus mismas facciones bestiales. Vestían uniformes verdosos y llevaban colgando del cinturón pistolas eléctricas y rompecabezas de plomo forradas de cuero.

Cuando terminó de secar el piso, Myers se puso en pie.

—Es Johnson Myers, pero su número es el 3.345 —al ver que el prisionero daba vueltas entre las manos al rebuño de trapo manchado de sangre sin saber qué hacer con él, sonrió como un simio—. No lo tires, Treintaytrés-Cuarentaycinco. Te servirá para morder, cuando te pongan el número. Llévenselo.

Johnson sintió dos zarpas clavadas en los brazos y se dejó arrastrar lejos del despacho del sargento Koe.

Caminaron cerca del muro metálico y se detuvieron a unos cien metros. Un gran cartel elevado anunciaba que aquél era el barracón número Nueve.

Entretanto. Johnson se esforzaba en desentrañar las palabras del brutal Koe.

«No lo tires. Te servirá para morder, cuando te pongan el número.»

¿Qué significaba aquello?

Optó por no preguntárselo a sus «gorilas». Una cosa que debía aprender en seguida era que en el destacamento de Kil-Edra solo se hablaba cuando los guardianes los solicitaban. Y ello con el mayor cuidado del mundo, para no irritarles.

Así que le obligaron a introducirse en un pequeño cubículo de tres por tres donde se encontraba un nombre, un mulato, que era conocido por el cabo Torres. Era un hombre delgado, de facciones cadavéricas y nariz ganchuda. Tenía muy poco pelo en el cráneo, pero los dorsos de sus manos eran velludos.

—Johnson Myers, Treintaytrés-Cuarentaycinco —pronunció rápidamente uno de los vigilantes. El cabo Torres sonrió enseñando unos dientes caballunos.

Seguidamente, abrió un armario metálico y sacó un extraño aparato de medio metro de longitud, del cual desenrolló un largo cable y un enchufe eléctrico, que acopló en una toma de energía del muro.

—Muerde el trapo —ordenó a Johnson.

—¿Quéee?

Uno de los guardianes le arrancó el trapo sangrante de: entre los dedos y se lo introdujo violentamente entre los dientes.

En seguida, le retorcieron los brazos a la espalda y estamparon su rostro contra la mesa metálica.

Entretanto, el cabo Torres había seleccionado en los rodillos móviles el número 3.345, Oprimió un botón y los números metálicos se pusieron al rojo vivo en pocos segundos.

Entonces, sin alterar el pulso se inclinó sobre la espalda del prisionero y apretó el hierro candente sobre la carne.

Brotó una tufarada de humo acre y azulado de la carne abrasada y el prisionero se estremeció entre los brazos de sus vigilantes.

Pero no pudo gritar: la bola de trapo que habían introducido entre sus dientes se lo impedía.

Torres separó el candente numerador y el número quedó indeleblemente marcado sobre el musculoso hombro de Johnson Myers.

Por un momento, Johnson imaginó que iba a morir asfixiado. Pero los esbirros le libraron rudamente de la bola de trapo y sus fauces se entreabrieron para respirar profundamente,.

Miró al cabo Torres a través de un velo de sangre. Su expresión no decía nada, pero en su mente estaba el designio.

«Algún día te mataré.»

CAPITULO V

Los vigilantes armados hostigaban contundentemente a los presos que, formados en compacta hilera, avanzaban a través de aquella estrecha senda colgada sobre el abismo.

Acababa de amanecer. El aire frío cortaba como un cuchillo y la respiración se tornaba difícil y entrecortada.

De la sima profunda se elevaban perezosamente vedijas de niebla, que iban lamiendo el tajo rocoso hasta que las piedras rezumaban hililllos de agua que iban a perderse en algún lugar remoto.

No se vislumbraba el fondo del profundo precipicio y ello evitaba, momentáneamente, el vértigo. Pero al atardecer, cuando la cuerda de forzados emprendiese el retorno a los barracones, la niebla habría desaparecido, de modo que caminar por la angosta vereda permitiría contemplar la profundidad azulada. Algunos perdían el equilibrio, atacados por el vértigo. Y entonces...

Johnson no quería pensar en ello. Caminaba al mismo ritmo que los demás, procurando dosificar el esfuerzo físico y acoplar su respiración de forma conveniente. De todas formas, el aire frío de la mañana helaba sus conductos respiratorios y tornaba su respiración tan difícil que ya comenzaba a dolerle el pecho.

Un hombrecillo que caminaba delante de él, tropezó inesperadamente con un pedrusco y estuvo a punto de caer rodando hasta el abismo. Por fortuna, Johnson reaccionó velozmente, y de un enérgico zarpazo le retuvo, tiró de él y le impulsó hacia adelante.

—Gra... gracias —murmuró aquel pobre hombre, sofocado. Pero no se volvió, pues dos corpulentos vigilantes estaban observándoles.

Johnson miró al enclenque individuo con conmiseración.

Le costaba un descomunal esfuerzo seguir el paso de los demás. Y no era de extrañar: estaba tan delgado que parecía punto de derrumbarse de un momento a otro. Su feble espalda aparecía encorvada, de modo que la cabeza desaparecía entre los hombros. También sus pies y sus manos aparecían monstruosamente deformados por la artritis.

—¿Cómo pueden permitir que un infeliz como éste continúe trabajando? —se preguntó, furioso—. Es tanto como condenarle a morir lentamente...

Pero al fin y al cabo, ¿no era esto precisamente lo que si proponían?

En el calabozo del SIP de Dagangha, Johnson se había mostrado tan desesperado que incluso intentó abrirse las venas. No lo consiguió... porque sus uñas no estaban lo suficientemente crecidas y

endurecidas para rasgar la piel, aunque comenzó a desangrarse lentamente.

Un centinela había dado la voz de alarma. Poco después llegaba un oficial, acompañado de un sanitario, el cual se ocupó de desinfectar y vendar las muñecas de Myers. A pesar de lo cual, le esposaron los brazos a la espalda en cuanto terminó la cura.

—¿Por qué hacen esto, por qué no me dejan morir? —se lamentó Johnson.

El oficial del SIP sonrió con frialdad.

—La sentencia debe cumplirse estrictamente. Y todos debemos esforzarnos en conseguirlo. Por tanto, usted debe llegar sano y salvo a Kil-Edra. Si desea morir, no debe preocuparse demasiado... Voy a decirle una cosa, Myers: el Consejo jamás sentencia a muerte a nadie, por graves que sean los delitos cometidos. Y, créame, no es necesario. De hecho, ir allá con diez años de trabajos forzados significa exactamente la muerte. Ya lo comprobará en sus propias carnes.

Ahora comenzaba a comprender que aquel oficial tenía razón. El escuálido individuo que caminaba ante él era la prueba. ¿Cuánto tiempo de vida le restaría aún a aquel desgraciado? ¿Un mes, quizá dos...?

La columna de forzados caminaba ahora más ligera. El camino se volvía anchuroso. Hasta que, de pronto, Johnson contempló la amplia explanada ante una gran caverna en forma de hendidura.

Había allí un irregular trazado de carriles sobre los que se veía un tren de vagonetas. También veía máquinas y útiles de trabajo. Indudablemente, los forzados estaban atacando el sólido muro rocoso para ampliar el camino. Los trabajos debían ser durísimos, pues Johnson había comprobado que la mayor parte de los trabajadores ostentaban vendajes en brazos y piernas, algunos en el cráneo...

De todas formas, se sentiría satisfecho si le permitían trabajar a cielo abierto. Había oído decir que la mayor parte de los presos trabajaba bajo tierra, saneando galerías subterráneas y cavernas.

Los vigilantes gritaron la orden de detenerse a los forzados. Inmediatamente, formaron en largas y compactas hileras.

Alguien a quien Johnson no podía ver gritaba sus agrias órdenes a través de un megáfono.

Al fin, dos brigadas de condenados desfilaron hacia la entrada a la caverna y Johnson pudo ver al hombre que gritaba.

Era un individuo robusto y calvo que empuñaba una fusta. Vestía el uniforme gris de los forzados, pero parecía tener autoridad sobre sus propios compañeros. Johnson le reconoció en seguida. Y palideció: se trataba del ex coronel Aldo Edmonton.

De forma indirecta, Johnson le había llevado a Kil-Edra, puesto que él mismo —con la ayuda de Ting-Alli—, había encontrado las

pruebas que demostraron los afanes golpistas de aquel militar.

Y ahora... Al parecer, los oficiales que dirigían el destacamento de forzados se valían de determinados reclusos para organizar los trabajos. Que Edmonton tenía cierta autoridad, lo demostraban sus órdenes emitidas a grito pelado y la trenza de cuero que hacía restallar en el aire para dar más vigor a sus palabras.

¿Qué podía esperar de aquel individuo? Probablemente, Edmonton le sacaría la piel a tiras a la menor oportunidad.

Había otros esbirros entre las hileras de presos. Johnson reconoció a los ex capitanes Edmory, Gloson y Parker. Todos ellos llevaban en las mangas de su uniforme unos parches de plástico amarillo con la palabra «CELADOR». Y al parecer, el ex coronel Edmonton era el jefe de todos ellos.

De repente, la mirada de Edmonton descubrió a Johnson Myers. Inmediatamente, el ex coronel entregó el megáfono a otro de los celadores y caminó hacia el lugar que ocupa Myers en línea recta.

Le observó de arriba abajo, inexpresivo, aunque sus ojos grises tenían un destello peligroso.

De un empellón inesperado, Edmonton dio un tirón de la chaqueta y descubrió el hombro derecho de Johnson, donde el cabo Torres había impreso al fuego un número de cuatro dígitos.

—Bien venido a Kil-Edra, Treintaytrés-Cuarentaycinco —escupió Edmonton—. Esto me dará la oportunidad de saldar una vieja cuenta pendiente entre los dos.

Johnson no parpadeó. No quería dar el menor motivo aquel traidor para que diese rienda suelta a sus salvajes instintos.

Edmonton le dio la espalda y gritó una orden. Verdaderamente no le hacía falta el megáfono para hacerse oír, porque en seguida se acercaron dos celadores y apartaron a varios forzados, entre los que se encontraban Johnson y el hombrecillo al que había salvado de despeñarse en la trocha.

Les empujaron hacia adelante, para formar parle de una de las brigadas que trabajarían en las cavernas.

Delante de ellos, un gran montacargas descendía a los presos en grupos de cincuenta en cincuenta.

Cuando le llegó el turno, Johnson avanzó. Una ojeada aquel agujero le obligó a estremecerse, pero tragó saliva ocupó su sitio en el montacargas, que un momento después se perdía en las entrañas de la tierra con un chirrido quejumbroso.

Habrían descendido más de cien metros, cuando el aparato se detuvo y los forzados comenzaron a salir de la gran caja metálica.

Un tanto impresionado, Johnson contempló la espacios caverna de altísima bóveda, desde la que descendían magnificas estalactitas de color rojo bermellón. Hasta una docena de potentes focos colocados

estratégicamente iluminaban claramente el gran recinto subterráneo.

Uno de los celadores puso en las manos de Johnson un pesado perforador neumático.

—Sube al andamio, Treintaytrés-Cuarentaycinco. Tu trabajo consiste en sanear la bóveda. Debes desprender todas esas estalactitas, de forma que la roca quede lisa como la palma de mi mano.

Johnson miró con precaución el ligero andamio metálico extensible. ¿Soportaría el peso de un hombre y un pesado taladro eléctrico?

De improviso, el látigo cayó sobre su espalda arrancándole un aullido de dolor. Caído de bruces, notó cómo la sangre, tibia, corría por su espalda. Pero no se quedó allí: sabía que el celador continuaría azotándole mientras permaneciera en el suelo.

Así que se alzó lentamente, mientras consideraba si no valdría la pena destrozar el rostro de aquel esbirro de un solo golpe del perforador... Pero numerosos centinelas armados habían tomado posiciones estratégicas junto a los elevados focos, de modo que Johnson renunció a la revancha.

Mientras se dirigía a la escala metálica, advirtió que el hombrecillo deformado por la artritis ascendía lentamente los peldaños.

Subió en pos de él y le ayudó a subir disimuladamente. Cuando llegaron a la plataforma superior, el hombrecillo volvió a susurrar:

—Gracias, amigo. Apenas si puedo con mi alma.

Sin embargo, tendría que emplear un taladro de cuarenta y cinco kilos como el propio Johnson Myers.

Dejaron los perforadores en la plataforma y movieron un manubrio para acercarla a la bóveda, situada a treinta metros por encima del piso de la grandiosa caverna.

Desde allí, Johnson contempló las profundas hendiduras de la roca. Entretanto, y elevando su voz por encima del chirrido del manubrio, el hombrecillo acababa de preguntar:

—¿No me recuerda, mayor Myers? Trabajé con usted en el campamento de adiestramiento de los SIP de Tenx-Akuch. Soy el doctor Albert Mandroni... aunque aquí sólo me conocen por Veitidós-Noventayocho. Es mi número, como usted puede comprobar.

Johnson le miró, asombrado.

—¡Doctor Mandroni! —exclamó—. ¿Verdaderamente es usted el doctor Mandroni?

Miró fijamente aquel rostro pálido y demacrado, en el que la tirante piel se adhería al cráneo, revelando espantosamente todos sus relieves y oquedades.

Claro que recordaba al doctor Albert Mandroni. Un hombre de unos cuarenta años, un profesional eficiente y entregado, un

individuo saludable y lleno de energía. Y ahora, al cabo de apenas cinco años., aquel, pobre hombre se había convertido en un remedo de sí mismo.

—¿Cómo es posible? —logró pronunciar—. Me refiero a…

—A mi aspecto físico, lo sé. Es largo de contar. Desde campamento mi trasladaron aquí, como jefe de sanidad. Pero en seguida envié una comunicación a Dagangha, renunciando a mi cargo.

—¿Puede decirme por qué?

—Sencillamente, mi trabajo apenas consistía en firmar los certificados de defunción. No me permitían atender a los enfermos y sólo se curaba a los heridos, sin demasiados cuidados. Era inhumano y lo dije con toda claridad. Ello sólo me valió ser degradado y condenado a seis años de trabajos forzados. Aún me quedan dos años de condena, pero dudo mucho que llegue a salir de aquí con vida. Ya ve mi estado actual: he enfermado de bronquitis y mis pulmones están tuberculosos. Por si era poco, la artritis apenas me permite moverme. Á pesar de todo, debo trabajar como un hombre corpulento.

—¡Es... horrible! —exclamó Johnson—.. Horrible, inhumano, injusto. ¿Cómo pueden permitir las autoridades de Dagangha que los hombres sean tratados como perros?

Mandroni tomó el taladro en sus escuálidos brazos.

—¿Las autoridades de Dagangha? —susurró—. Verdaderamente, no creo que los del Consejo estén informados de las atrocidades que se cometen aquí diariamente. El general Mayer-Brown tiene fama de hombre duro y severo, pero también de justo y equitativo. No, no creo que el general sepa que aquí se deja morir a los hombres...

—No acabo de comprenderlo —dijo Johnson, muy excitado.

—Lo entenderá si le digo que el coronel Adlai Karibi, jefe del destacamento, establece una rígida censura sobre cualquiera comunicación dirigida a Dagangha, de forma que allí sólo se sabe lo que Karibi quiere. Es más, en mi caso, el informe de coronel-jefe del Destacamento fue decisivo a la hora de juzgarme y condenarme. Karibi amañó el informe a su manera y mintió deliberadamente, tergiversando mis declaraciones a su capricho. Naturalmente, a Karibi no le interesaba que se supiera la verdad, pues el general Mayer-Brown habría ordenado inmediatamente una inspección en Kil-Edra. De esta forma, las personas libres de Dagangha y otras ciudades jamás sabrán el infierno que el coronel Karibi ha desatado aquí...

De abajo llegó un vozarrón destemplado. —¡Eh, vosotros, Veintidós-Noventayocho y Treintaytres-Cuarentaycinco! ¿Estáis dispuestos a trabajar o preferís que suba?

—¡Vamos! —susurró el doctor Mandroni—. Ese Gorka es fin bestia. Si le damos motivo para subir, nos molestará a latigazos. Ya ha matado a dos hombres a golpes.

Johnson elevó el perforador y atacó la dura roca con la barrena. Inmediatamente, una nube de polvillo rojo flotó sobre la bóveda.

CAPITULO VI

Johnson se sentía muy mal.

Una hora después de comenzar el trabajo, sus brazos siempre resistentes, se negaban a seguir sosteniendo el pesado perforador. Para su sorpresa, el enclenque doctor Mandroni seguía trabajando con su máquina, aunque en medio de toses, resoplidos y escupitajos.

Los motivos del cansancio de Johnson no eran otros que el aire enrarecido de las alturas, situación que se veía agravada al respirar el polvillo rojo de las estalactitas. Como no existían ventiladores, estaban condenados a seguir respirando el maléfico polvillo durante horas y horas.

Por fortuna, la nube de polvo impedía a los vigilantes una visión absolutamente clara. De forma que Mandroni seguía trabajando, incansable, para que el estrépito de su perforador distrajera a los esbirros.

Con todo, cuando se dejó oír la sirena que anunciaba el almuerzo, Johnson se dejó caer de bruces sobre la plataforma, absolutamente exhausto. Respiraba con enorme dificultad y su corazón latía tan apresuradamente que se asustó!

—No valdría la pena morir en este asqueroso lugar —pensó desesperadamente.

De pronto se le desataron los más imperiosos deseos di seguir viviendo. Tenía que vivir para la venganza y también para encontrar a Kira-My.

—No se quede ahí, Johnson —susurró el doctor Mandroni—. Si los vigilantes le echan en falta, subirán. Y ya puede imaginarse lo que le ocurrirá...

Se levantó con un esfuerzo. Al descender la escalera metálica, sufrió un vahído y estuvo a punto de caer desde más de veinte metros de altura. Mandroni, que le precedía, sujetó su brazo y le obligó a aferrar la barra metálica.

—Animo. Respire lentamente. Cuente mentalmente hasta cinco, retenga el aire y expúlselo en seis tiempos. Se sentirá mejor —le recomendó el médico.

Al fin descendieron. El cuerpo le pesaba como el plomo cuando se puso en fila para recibir su comida.

Pero el simple olor del rancho le revolvió las tripas. De odas formas, cuando le llegó el turno pusieron en su mano una marmita llena hasta los bordes de una confusa masa humeante.

—La comida es abundante y nutritiva, aunque groseramente condimentada —le dijo Mandroni cuando ambos se apartaron a un

rincón para comer—. Imagino que se trata de una faceta más de la crueldad mental de ese perturbado de Karibi. No les costaría mucho esfuerzo ofrecernos un rancho más aceptable.

El doctor Mandroni comenzó a comer en seguida. Se llegaba su cuchara de plástico a la boca lentamente, pero sin interrupción y masticaba con cuidado.

Johnson probó unas cucharadas. Pero en cuanto la comida llegó a su estómago, la devolvió violentamente.

Mandroni le miró, alarmado.

—No puede hacer eso, muchacho. Comer abundantemente es absolutamente imprescindible para sobrevivir en un lugar como éste. ¡Tiene que comer! —dijo con reproche.

Lo intentó nuevamente. Y casi agotó la marmita, pero nuevamente volvió a vomitar.

Todavía estaba haciéndolo, cuando una tralla cayó sobre su cabeza y le derribó de bruces.

Cuando recobró el conocimiento, minutos después, su rostro estaba bañado en sangre. Un vigilante le obligó a recoger sus vómitos con las mismas manos y a dejar el suelo escrupulosamente limpio.

Inmediatamente volvió a sonar la sirena. Era preciso ascender de nuevo a la plataforma, empuñar el perforador, trabajar. Pero Johnson apenas podía mantenerse en pie.

Vio que el médico se metía una mano en su chaqueta del uniforme y sacaba una bolsita. Sacó de ellas unas yerbas secas y dijo:

—Métase eso en la boca, mastíquelo, trague el jugo resultante. Ya verá el efecto.

Hizo lo que Mandroni le indicaba. Al principio, masticó con desesperanza la aromática yerba seca. Pero un momento después se maravilló al comprobar que recuperaba un tanto sus energías. Cuando menos, consiguió ponerse en pie e incluso comenzó a ascender la escalera metálica que llevaba la plataforma. A medio camino, sus fuerzas decrecieron, pero siguió tragando el jugo de la yerba y llegó hasta la plataforma, donde se detuvo jadeante.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó.

Mandroni le ofreció un pellizco más, que Johnson masticó inmediatamente como si le fuera la vida en ello.

—Es mangih, una planta parecida a la coca. Posee la virtud de soportar estoicamente la fatiga física, pero no se puede abusar de ella, porque llega a producir delirios —le explicó el doctor—. En las laderas de Kil-Edra crece abundantemente, pero nadie la conoce. Por fortuna, yo he sido siempre un gran aficionado a la Botánica y a la Herboristería reconocí varias plantas de virtudes curativas, que arranque subrepticiamente. Supongo que son las hierbas y mi voluntad lo que me ha permitido sobrevivir aquí.

—Es casi increíble. Me siento mucho mejor…

—Sin embargo, cometió una verdadera locura, Johnson —le recriminó Mandroni—. Ya sé que es difícil engullir es rancho, pero tendrá que acostumbrarse. Trabajamos diez horas seguidas, tan duramente como ha podido comprobar, con la breve interrupción del almuerzo. Por ello, es imprescindible asimilar energía. Prométame que intentará sugestionare para alimentarse adecuadamente.

—Lo intentaré —prometió Johnson—. Sin embargo, ni sé si podré superar la asfixia. Mis pulmones apenas dan de sí. Jamás me había ocurrido algo parecido. El pecho me duele horriblemente…

—Tengo una pequeña porción de otra planta, la llamada praxee. Su jugo permite abrirse a los alvéolos pulmonares y aprovechar mejor el oxígeno del aire. En cuanto al polvillo rojo, haga lo que yo —Mandroni dividió en dos un pedazo de tela—. Tápese boca y nariz con esta tela. Pero no se descuide. Arránquela y ocúltela en cuanto vea acercarse a alguien. Caso contrario, se verá en dificultades.

Acordaron distribuir el trabajo de forma que siempre estuviera un perforador en funcionamiento. Mientras los vigilantes oyesen el estrépito del taladro no se meterían en averiguaciones.

Así, el escuálido médico puso en funcionamiento su máquina y Johnson quedó en el suelo, tomando fuerzas. Cuando Mandroni se volvió, Johnson tomó su perforador y le relevó.

Al cabo, se vieron obligados a desplazar el andamio móvil para seguir atacando la dura bóveda erizada de estalactitas. Mandroni le enseñó cómo hacerlo: no había más que elevar los soportes de abajo, hacer avanzar lentamente la estructura sobre ruedas con un gran manubrio y fijar de nuevo las bases alrededor.

Era un trabajo muy pesado, que le obligó a sudar abundantemente, pero durante unos minutos y mientras procedían a realizar la faena, la nube de polvillo rojo dejó de atormentarles.

La estructura avanzó y quedó fijada en su nueva posición. Le tocaba el turno a Johnson, cuyos brazos podían sostener el taladro eléctrico.

No obstante, consiguió elevarlo y atacar una gruesa estalactita, al borde de una profunda hendidura de la bóveda. Y el polvo rojo volvió a flotar en el ambiente.

Johnson notó que algo blando rozaba su brazo, pero no pudo ver nada anormal.

Pero de pronto escuchó el grito del doctor Mandroni.

—¡Cuidado, Johnson!

Respingó hacia atrás y se volvió, sorprendido y asustado.

Entretanto, Mandroni se había alzado del piso de la plataforma. y ponía en funcionamiento su taladro, cuya lanza golpeaba sobre las planchas metálicas un cuerpo largo y ceniciento, dotado de

centenares de patas que se retorcía vivamente bajo el golpeteo metálico que le hería.

Al fin, aquella criatura peluda dejó de moverse, parcialmente destrozada por el perforador que empuñaba Mandroni.

Estupefacto, aterrado, Johnson contempló aquel cuerpo de más de medio metro de longitud y tan grueso como su brazo.

—¡¿Qué diablos es eso?! —exclamó, sobrecogido.

—Es un waak. Un miriápodo gigante, sumamente venenoso. Un hombre llamado Koriah sufrió una mordedura de waak hace unas semanas. Murió en un par de horas, en medio de terribles convulsiones. Pedía a gritos que le matasen, pero el coronel Karibi no permitió esa especie de eutanasia misericordiosa. Permitió ver cómo Koriah agonizaba en un frenesí de sufrimiento insoportable.

Johnson se estremeció. Luego, dejándose llevar por la furia, disparó la lanza de su perforador sobre aquel inmóvil cuerpo peludo. Cuando el cuerpo del waak se convirtió en una piltrafa, lo arrojó de allí de una patada.

De abajo le llegó el aviso en forma de un grito estentóreo.

—¡Vosotros...!

Johnson elevó su taladro. Miró con precaución la grieta de la bóveda, pero siguió trabajando hasta que las horas transcurrieron y la sirena avisó a los forzados que había terminado la jomada.

Abandonaron las herramientas y descendieron de la plataforma elevada. Se le caían los brazos, pendientes de los hombros desmadejadamente. Realmente apenas podía con su cuerpo. Pero Mandroni le entregó disimuladamente un pellizco de mangih. Johnson lo masticó ávidamente y sus sentidos despertaron, aunque su cuerpo seguía tan descansado como antes.

El montacargas les llevó a la superficie, donde los últimos rayos del sol bañaban la explanada. El trabajo de los forzados de superficie había avanzado mucho: unos sesenta metros de camino, que ahora ofrecía una anchura de unos veinte metros, absolutamente liso.

Los celadores de Edmonton ordenaron la formación y pasaron recuento en breves minutos. Al cabo se dio la orden de marcha.

Johnson calculó que la distancia entre la explanada y los barracones donde se alojaban los presos no sería inferior a los cuatro kilómetros. Cuatro kilómetros no era mucho, pero si se consideraba que tendrían que cubrirlos a lo largo de una trocha de poco más de un metro de anchura al borde de una sima de varios miles de metros, la perspectiva era para quitar el ánimo al hombre más templado.

A aquella hora, los presos marcaban el paso pesadamente, arrastrando los pies como si les pesasen una tonelada.

Johnson no miró a la izquierda ni una sola vez. Solamente vigilaba a Mandroni, que había conseguido colocarse ante él, como aquella

misma mañana.

La lentitud de la marcha era ostensible ahora. No importaba que los vigilantes armados se desgañitasen, ni que los esbirros repartiesen algunos latigazos sobre las espaldas de los más lentos... En realidad, los forzados no podían más.

De repente, en las alturas resonó un graznido que retumbó sobre el talud. Simultáneamente, el viento se desató, furioso, sobre las cabezas de los condenados.

Alguien gritó:

—¡Todos al suelo! ¡Es un goold, que ataca!

Johnson se abalanzó sobre Mandroni, lo derribó y se dejó caer sobre él, tapándolo con su propio cuerpo.

Apretados contra el talud, oyeron el rumor potente de los aletazos en el momento en que una sombra tapaba al sol.

Todo sucedió en unos instantes. Johnson vio abatirse la monstruosa figura alada del goold que se cernía sobre la trocha en vuelo rasante. Vio también sus descomunales garras, que arañaron la roca y un bulto que se separaba violentamente de la pared y caía al precipicio.

¡El goold había conseguido despeñar a uno de los presos...!

La sangre se enfrió en las venas de los presos al escuchar aquel alarido inhumano. El hombre cayó como un plomo en el vacío, pero el goold se abatió sobre él en picado y le aferró entre sus garras.

En aquel momento, uno de los vigilantes disparó su rifle. La bala explosiva alcanzó al animal en plena cabezota, que se desintegró materialmente en el aire. Luego... el goold abrió sus garras y el infeliz forzado cayó y se perdió en la profundidad azulada precediendo a la rapaz, que revoloteó en el aire un momento y cayó vertiginosamente en pos de su víctima.

—¡Vamos, arriba, arriba! —vociferaban los celadores—. ¡Proseguid la marcha!

Trémulos, espantados, los condenados volvieron a formar hilera y continuaron la marcha, trocha adelante, mientras los vigilantes se volvían hacia atrás y vigilaban, desconfiados, las alturas.

Uno de los presos del Destacamento de Kil-Edra acababa de encontrar una muerte espantosa.

Pero el dramático episodio fue olvidado rápidamente. Al fin y al cabo, ¿qué importaba la baja de un condenado en un lugar donde había más de tres mil...?

Cuando media hora después, un oficial penetró en el despacho del coronel Karibi y le informó de lo ocurrido, el jefe del Destacamento se limitó a seleccionar una ficha en el archivo.

Cuando la tuvo entre sus dedos, le prendió fuego por un extremo y la mantuvo en su mano hasta que el trozo de cartulina se convirtió en

una oscura pavesa.

CAPITULO VII

Como cada tarde, los presos de Kil-Edra recogieron su rancho, que consumieron al aire libre, en absoluto silencio.

Quince minutos después, formaron y desfilaron hacia sus barracones. Sin cambiar una palabra —aunque estaban autorizados a hacerlo en voz baja—, se dejaron caer, derrengados, sobre sus jergones.

Johnson vio sus expresiones hoscas, lejanas, o inexpresivas. Verdaderamente, aquellos hombres habían perdido toda esperanza.

Habían transcurrido seis días. A Johnson le hubiera gustado charlar con Mandroni, pero desgraciadamente el médico pertenecía al Barracón número Once.

A lo largo de aquellas seis dolorosas jornadas, Johnson había conseguido lo más difícil: adaptarse. Procuraba no dar motivos para recibir un trallazo, pero si lo recibía lo aceptaba con toda indiferencia, aunque la tormenta estallara en su interior.

Gracias a las hierbas de las que el doctor Mandroni le proveía, había conseguido respirar mejor e incluso recuperar el apetito. Cierto que le repugnaba engullir aquella bazofia, pero al fin había comenzado a alimentarse y notaba cómo recuperaba fuerzas gradualmente.

Le había costado mucho plegarse a la disciplina respiratoria recomendada por Mandroni. ¡Era tan difícil contener la respiración cuando los pulmones exigían oxígeno desesperadamente...! Pero los resultados compensaban con mucho los primeros esfuerzos. Ahora respiraba ya con soltura y el pecho había dejado de dolerle.

Durante aquellos días, Johnson había sido testigo de dos dramáticos accidentes. Uno de ellos se había producido la jornada anterior: un hombre había sido mordido por un arácnido de descomunal tamaño, surgido inesperadamente de lo más recóndito de una de las fisuras subterráneas. El rostro de aquel infeliz se había tornado verdoso inmediatamente. Su faz se había hinchado monstruosamente, hasta que los ojos desaparecieron entre los pliegues de la piel.

El condenado había muerto en poco menos de una hora, sin que nadie le prestara el menor auxilio. Pero Johnson había corrido hacia él, incapaz de ver sufrir a aquel individuo sin prestarle el menor consuelo.

Su caritativo impulso fue recompensado con una docena de latigazos, asestados por uno de los celadores de Edmonton. Los golpes fueron tan sañudos que le arrancaron tiras de cuero cabelludo y el

dolor fue tan atroz, que se sintió incapaz de ponerse en pie, por lo que el esbirro siguió golpeándole, hasta que el doctor Mandroni, exponiéndose mucho, consiguió incorporarle. Con todo, Mandroni no escapó sin un par de trallazos en su esquelética espalda.

El médico le curó a escondidas, cuando ambos lograron trepar a lo alto del andamio. Allí, Mandroni sacó un trago limpio, enjugó la sangre de sus heridas y arrojó sobre ellas un polvo desinfectante.

—Ahora..., ahora ya sé lo que me espera en el caso de que me ataque una de esas repugnantes sabandijas... ¡Me dejarán morir como a un perro! —exclamó Johnson, sin esperanzas.

—No debiste acudir en auxilio de aquel infeliz —le recriminó Mandroni—, De todas formas, el pobre estaba listo. El veneno inyectado por esas arañas es suficiente para acabar con cincuenta hombres como él —movió la cabeza preocupa-do—. Que esto te sirva de lección, Johnson. Cada cual debe preocuparse de sí mismo. La misión de sobrevivir es absolutamente personal.

—En tal caso, ¿por qué me ayuda usted? —preguntó Myers, estupefacto.

Mandroni carraspeó.

—No lo sé. Imagino que, a pesar de todo, aún no me he convertido en autómata. O puede que tú me recuerdes al hijo que siempre deseé tener y nunca tuve —respondió el médico confuso.

Recordó también el incidente ocurrido tres días antes. Uno de los presos, un joven llamado Treinta-Cuarentaycuatro, se había escondido en una grieta de la caverna poco antes de que sonase la sirena que anunciaba el fin de la jornada.

Su ausencia fue inexplicablemente pasada por alto en el recuento que se celebraba en la explanada, antes de emprender el retorno al Destacamento.

Pero cuando los presos penetraron en sus barracones se descubrió que faltaba uno. Cada brigada había formado en su barracón, con el torso desnudo, de modo que fuera claramente visible el número marcado a fuego sobre su hombro derecho.

Las hoscas facciones de los oficiales, suboficiales y vigilantes demostraban a las claras su tensión. Sin el menor motivo, los esbirros repartieron cintarazos por doquier. Bastaba el menor descuido, una mirada de terror, para provocarles.

Al fin, establecieron que el preso que faltaba era Treinta-Cuarentaycuatro, del Barracón Nueve.

Los vigilantes se marcharon y cerraron las sólidas puertas de los barracones.

No volvió a saberse nada hasta el día siguiente. Cuando al amanecer las brigadas salieron al exterior para formar, todos pudieron ver el cuerpo despedazado que yacía ante la entrada del

puesto de mando.

A aquel cadáver le faltaban los dos brazos y las dos piernas, pero en su hombro derecho se veía claramente su número de registro: 3.044. Es decir, Treinta-Cuarentaycuatro, en la jerga habitual en Kil-Edra.

En medio de un silencio impresionante, los condenados desfilaron ante el mutilado cadáver del infeliz Treinta-Cuarentaycuatro para recibir su rancho de la mañana. Por supuesto, a Johnson le fue absolutamente imposible probar bocado después de contemplar aquella carnicería.

Antes de que repartieran el rancho, Colbert, el capitán-ayudante del coronel, dirigió unas palabras a los forzados.

—Que esto os sirva de lección, por si alguno de vosotros alentaba la esperanza de escapar algún día de Kil-Edra —dijo con dureza—. Treinta-Cuarentaycuatro trató de escapar, pero no fue muy lejos. Los kruugs cayeron sobre él y le despedazaron, antes de que la patrulla enviada en su búsqueda pudiera evitarlo. Ya habéis visto lo que quedó de él. Ello os servirá para comprender de una vez por todas que nadie logrará escapar del Destacamento de Kil-Edra.

Cuando, algún tiempo después, Johnson se reunió con Mandroni en la plataforma del andamio, no pudo evitar el comentario.

—No creo una palabra acerca de esa historia de los kruugs —dijo el médico—. Imagino que alguna fiera atacó a Treinta-Cuarentaycuatro. O incluso que los vigilantes hicieron una atrocidad. Todo puede esperarse de ellos...

—No lo creo —opinó Mandroni—. He visto a varios oficiales y suboficiales; parecían aterrados. Es posible que en esa terrible historia haya más verdad de lo que tú supones.

—Pero, bueno —se excitó Johnson—. ¿Es que también un hombre de ciencia como usted va a creer en la existencia de esos fabulosos gigantes de cuatro metros que devoran seres humanos?

El médico movió la cabeza, inseguro.

—No he visto a los kruugs, pero, créeme, muchacho, tampoco me gustaría verlos —respondió. Y Johnson no logró sacarle una palabra más.

Era una verdadera lástima que Mandroni y él hubieran coincidido en el mismo barracón. Poder charlar con el médico, aunque fuera en voz baja, le hubiera servido para hacer más llevadera la existencia en aquel ambiente inhóspito y deshumanizado.

Ahora ya, no pensaba iniciar un acercamiento a ninguno de los doscientos hombres que compartían con él el barracón número Nueve. Mandroni le había prevenido al respecto.

—Ni lo intentes; sólo servirá para buscarte complicaciones. De por sí, cualquiera de los forzados de Kil-Edra tiende a desconfiar del

prójimo. Es consecuencia de las delaciones y añagazas de Edmonton y sus celadores. Cualquiera de ellos imagina cómo Edmonton consiguió la confianza del coronel Karibi y sus oficiales. En cuanto a ti..., todos saben que has pertenecido al SIP, y aunque el prestigio de esa organización sea grande, posiblemente desconfiarán de ti. Conociendo su atrofiada mentalidad, no sería extraño que pensaran que tu condena no es sino una simple tapadera para espiar cualquier movimiento sedicioso.

La tarde huía; a través de las pequeñas ventanas enrejadas penetraba el último rayo de sol. Johnson permanecía ensimismado junto a la que caía sobre su camastro, cuando sonó el cerrojo de la puerta de entrada y alguien penetró en el barracón.

Se trataba del gigantesco sargento Koe, que avanzó hacia el centro de la larga estancia y paseó la mirada por los hombres que dormían en las literas.

Johnson comprendió que había cometido un grave error. Un error que sólo consistía en permanecer de pie cuando todos estaban tumbados sobre sus camastros.

Koe se giró y sus miradas se encontraron. El sargento caminó despacio hacia él y Johnson se preguntó cuál sería el castigo que merecía su osadía. Ya, apretaba las mandíbulas para evitar perder algún diente cuando el sargento le golpease, cuando le oyó decir:

—¿Treintaytres-Cuarentaycinco? Sígueme.

Vaciló un segundo. Pero sabía que era inútil rebelarse, de modo que, dispuesto a afrontar lo que fuera, obedeció.

En el exterior, Koe cerró la puerta y le miró de hito en hito.

—¿Puedo hacer algo por ti, Johnson? —preguntó de improviso.

El prisionero parpadeó, asombrado.

—¿Hacer algo? Discúlpeme, no entiendo.

—He estado en Dagangha. Una jovencita me pidió que hiciera algo por aliviar tu situación. Esa jovencita es sobrina de un hermano mío, ¿vas comprendiendo? Se llama Kira-My —explicó el corpulento sargento Koe en voz baja.

—¡Kira-My! —exclamó Johnson, con gozosa sorpresa.

—¡Calla, estúpido! —le recriminó el suboficial—. De todas formas, yo no puedo hacer mucho por ti. La vida en Kil-Edra es tan rígida para nosotros como para vosotros, ¿lo entiendes? Con el coronel Karibi no se pueden gastar bromas, Pero en mi familia siempre nos hemos ayudado y Kira-My parece tener mucho interés por ti. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —repitió en un susurro.

—¡Sí, hay algo que puede hacer en mi favor! Trasladar al doctor Mandroni... Quiero decir a Veintidós-Noventayocho, al barracón número Nueve —exclamó Johnson con gran excitación.

Koe le observó atentamente.

—Espero que esto no me traiga ninguna complicación —advirtió —. Si fuera así, no dudes que recibirías tu merecido. Y ahora, vuelve al barracón.

CAPITULO VIII

El doctor Mandroni fue trasladado al Barracón número Nueve a la mañana siguiente. El sargento Koe había hecho bien las cosas, pues Mandroni pasó a ocupar el camastro inferior de la litera en que dormía Johnson.

De esta forma, cada tarde, al regresar del tajo, pasaban un rato charlando hasta que el sueño les rendía.

Johnson conoció atroces hechos acaecidos en el Destacamento de Kil-Edra que hubieran espantado a un hombre sin sentimientos.

También supo, algunas cosas acerca del jefe del Destacamento. El tema se planteó a raíz de una pregunta de Johnson.

—¿Qué le ocurre al coronel Karibi? No le he visto ni una sola vez. ¿Es que no sale jamás de sus habitaciones?

—Ruega porque no le veas jamás —respondió el amigo, sombrío —. Cuando Karibi abandona su madriguera de la torre de control, alguien ha de lamentarlo inexorablemente. En cuanto sufre uno de sus delirios, entonces parece volverse loco.

—¿Por qué?

—Hace mucho tiempo que se aficionó a fumar las flores secas de rinx-groy... ¿Has oído hablar de esa planta?

Al ver que Johnson asentía, continuó:

—Se trata de una hierba tóxica, que produce un estado de embriaguez placentera... al principio. Pero al cabo de los años va produciendo lentamente la muerte de las células cerebrales, lo que finalmente significa la locura. Y Karibi se encuentra ya en un estado de desequilibrio mental avanzado. Lo mejor que podemos desear es que un día sufra un ataque violento y su corazón deje de latir. Nunca he deseado la muerte a ningún ser humanó, pero seré feliz el día que me digan que Karibi ha muerto. Sería un día grande para todos nosotros. Por supuesto, enviarían a otro jefe de parecida catadura moral, pero jamás podría ser un hombre tan malvado como Karibi.

—No lo comprendo —observó Johnson, muy excitado—, ¿Cómo puede permitirse que un loco dirija un destacamento donde se martiriza a más de tres mil seres humanos? ¡Alguien debería informar al general Mayer-Brown!

—Por ahí empezaron todas mis desdichas —respondió el médico —. Cometí la osadía de decirle que debía ponerse en manos de un especialista del Hospital de Dagangha. Ya sabes cuál fue su reacción: enviar falsos cargos contra mí a las autoridades de Dagangha.

—Pero sus oficiales deberían hacer algo...

—Sus oficiales están tan aterrados como nosotros. Saben que está

loco, pero le temen más que a una serpiente venenosa. Ninguno de ellos se atreverá a desafiar sus furias. Además, ¿por qué crees tú que Karibi se recluye en la torre de control de la astrobase? ¡Sencillamente, porque allí se encuentra la unidad central de telecomunicaciones del Destacamento. Karibi vigila día y noche, porque sabe que si se filtrase una información a Dagangha, eso significaría su fin. A ratos tiene momentos de lucidez, pero cuando sufre el efecto de la droga…

Calló de repente. En el silencio de la noche, acababa de escucharse un alarido tan estridente que puso los pelos de punta a Johnson Myers.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, con un hilo de voz.

Mandroni sonrió, indiferente.

—¿Eso? En Kil-Edra tenemos doscientos o trescientos locos. La vida aquí es para enloquecer a cualquiera. Si el tratamiento penitenciario se llevase a cabo con visión humana, esos desgraciados habrían sido trasladados a un centro especializado.

—¿Y por qué no lo hacen? Un loco no es muy útil para el trabajo…

—¿Por qué no? A los rebeldes, a los que se desmandan, Karibi los encierra en un túnel vertical de cincuenta metros de profundidad por ochenta centímetros de diámetro. No puedes imaginar el horror de la claustrofobia, enterrado a cincuenta metros de profundidad en un receptáculo tan estrecho que ni siquiera puedes sentarte. A los arrestados les hacen llegar los alimentos y el agua a través del conducto de aireación. Algunos intentaron ascender. Apoyados en los codos y las rodillas, gatearon hasta quince o veinte metros de altura. Pero allí les fallaron las fuerzas y cayeron a plomo y se fracturaron las piernas. Puedes imaginar que no salieron con vida del encierro.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Johnson.

—Debes creerlo. Por tu bien. Eso te impedirá una locura como… la que yo cometí al enfrentarme al despotismo de un loco como Karibi —arguyó el doctor Mandroni—. Porque también a mí me hicieron descender a uno de esos «tubos». Pasé allí veinte días, al cabo de los cuales me sacaron medio muerto. Sin embargo, había logrado habituarme al hedor de las heces y de la orina que cubrían el fondo del foso. Fue allá abajo donde me atacó la artritis que ha deformado mis brazos y mis piernas cuando… ¡apenas he cumplido los cuarenta y cinco años!

Callaron durante un rato. De nuevo volvió a escucharse el espeluznante alarido que rasgó el silencio.

Johnson se agitó.

—Alguien debía rebelarse contra este estado de cosas —exclamó, inquieto.

—No lo hagas, te lo suplico. He llegado a tomarte afecto, Johnson.

Deja que pase el tiempo, que te adaptes a este maligno ambiente. Quizá un día estés preparado para intentar algo con cierta esperanza de éxito. Pero por ahora no ten-drías la mínima posibilidad. Otros lo intentaron. Uno de ellos es ese infeliz que se pasa las noches aullando.

*

Habían transcurrido ciento cuarenta días. Pero en Kil-Edra semejante lapso de tiempo pesaba como si en lugar de unos cuantos meses hubieran pasado varios años.

Johnson Myers se había impuesto a sí mismo un estricto control de sus emociones. Trabajaba dosificadamente, comía abundantemente y, sobre todo, dormía profundamente cuando llegaba la noche.

El rudo trabajo y la alimentación abundante habían endurecido y desarrollado sus músculos, de por sí potentes.

Sin embargo, las cosas no iban tan bien para el doctor Mandroni. Se le veía languidecer día a día. De noche tosía y se debatía en espasmos. De día, su desmejoramiento físico era aún más patente. ,

Las hierbas medicinales que él lograba arrancar aquí y, allá subrepticiamente, apenas valían ya para conservarle vivo. Pero era evidente que aquel hombre moriría sin remedio si no recibía a tiempo la adecuada atención médica. Y pensar esto en Kil-Edra era tanto como soñar un imposible.

Alguien había leído aquella mañana el programa de trabajo. Terminada la estación-1 (la caverna en la que Mandroni y Johnson había trabajado), se había empleado una galería secundaria hasta permitir el paso de vehículos y máquinas hacia la siguiente caverna, una importante cavidad subterránea de trescientos metros de longitud, ochenta de anchura por cuarenta metros de altura.

Las máquinas y útiles habían sido trasladados hacia la segunda caverna, cuyas bóvedas y muros habrían de ser desbastadas y fortificadas para instalar una planta de energía nuclear.

Dadas las dilatadas dimensiones de la Estación-2, la mayoría de los forzados serían enviados a las profundidades. Por otra parte, para entonces la trocha junto al abismo se había convertido en una pista perfectamente pavimentada y protegida por una alta valla metálica, a lo largo de la cual se deslizaban velozmente los trans sobre colchones de aire comprimido.

En consecuencia, los forzados eran trasladados en los vehículos hasta la explanada con lo que se suavizaban un tanto las actividades de los presos. Sin embargo, el haber evitado la larga caminata a pie, significó que la jornada fuera aumentada en una hora más de trabajo, lo que venía a significar lo mismo. Al parecer, el coronel Karibi seguía decidido a disminuir la población penitenciaria del Destacamento Kil-

Edra.

Treinta trans condujeron aquel amanecer a los presos hasta la explanada. Inmediatamente fueron nombrados los turnos y cuadrillas. Poco después, el montacargas comenzaba a vomitar a los trabajadores forzados en las entrañas de la tierra.

En la futura Estación-2, los capataces distribuyeron las tareas. Fue entonces cuando Johnson descubrió a Edmonton.

Le extrañó la presencia abajo del ex coronel: Edmonton jamás solía descender hacia las profundidades.

Entonces recordó la amenaza de aquel traidor:

«Esto se me servirá para saldar una vieja cuenta pendiente.»

Durante las primeras semanas, Johnson había vivido en vilo esperando que la amenaza de Edmonton llegara a cumplirse. Pero, caso extraordinario, sobre él no había caído ningún castigo ni represalia por parte de aquel individuo.

Como pasaron los meses y Edmonton no volvió a enfrentarse con él, Johnson terminó por olvidar el problema. Pero ahora, Edmonton estaba allí, vigilante, junto al ingeniero Blakheim.

Blakheim parecía muy nervioso, incluso asustado. Johnson sentía gran interés por escuchar su entrecortada conversación con uno de sus ayudantes, pero un candente latigazo atizado por uno de los celadores le impulsó a separarse aprisa de aquel lugar.

Minutos después, Mandroni ascendía con gran esfuerzo hasta la plataforma donde se disponía a operar.

La bóveda, altísima, había obligado a colocar varios anclajes en la roca para sujetar la delgada estructura. Desde arriba, Johnson dirigió una ojeada a la inmensa caverna, en la que se disponían a trabajar casi doscientos obreros.

La gruta estaba llena de oquedades, a través de una de las cuales acababan de desaparecer el ingeniero Blakheim y su ayudante.

—¿Por qué están tan nerviosos? —preguntó Johnson a su amigo.

—Tienen motivos para estarlo —respondió el médico. Y bajó su tono de voz—: Al parecer, han descubierto un gran caudal de agua subálvea a poca distancia de aquí. Blakheim se opone a perforar la pared de la cual se filtra un hilillo de agua. Porque...

—¡Teme que el agua pudiera inundar las galerías! —exclamó Johnson.

—Sí. Blakheim presentó su informe al coronel. Sería preciso construir conductos adecuados de desagüe antes de tantear esas paredes. Pero Karibi opina que el nivel del embolsamiento sólo es ligeramente superior al piso de estas galerías. ¡Ese loco es capaz de conseguir que nos ahoguemos en este agujero, atrapados como ratas!

—No tema, doctor —trató de tranquilizar Johnson—! Nosotros estamos a cuarenta metros por encima del suelo. En cualquier caso,

las aguas tardarían en llegar a este nivel.

—¡Quién lo sabe! —respondió Mandroni—. El embolsamiento puede ser de unos pocos millones de hectolitros o incluso de varios kilómetros cúbicos. Y si es así…

—Será mejor que nos pongamos a trabajar —le interrumpió Johnson—. Uno de esos esbirros nos está vigilando.

Los perforadores comenzaron a atacar las gruesas columnas pétreas. Bloques de dos y tres toneladas de peso comenzaron a caer poco después con sonoro fragor.

Atronados sus oídos por el estrépito de los taladros electrónicos y distraídos en la tarea, Mandroni y su amigo no pudieron escuchar la leve trepidación que acababa de conmover los senos de la tierra.

Pero bruscamente surgió un potentísimo chorro de agua de metro y medio de grosor. Precisamente de la galería por la que había desaparecido el ingeniero Blakheim y su ayudante.

—¡Diablos coronados! —barbotó el doctor Mandroni, al contemplar el impetuoso chorro que se estrellaba a cincuenta metros de distancia, dispersando miles de litros de agua en todas direcciones.

En el chorro de agua fueron proyectados dos cuerpos: los de Blakheim y su ayudante. Johnson y Mandroni vieron espantados cómo chocaban contra el piso rocoso y eran arrastrados, como si de cucarachas se tratara, por la impetuosa corriente que llenaba el fondo de la caverna y corría ya hacia una de las galerías inferiores.

Los trabajadores se dejaron arrebatar por el pánico. Algunos se arrojaron desde lo alto de los andamios donde trabajaban y se estrellaron contra el suelo. Los que atendían el tren de vagonetas o manejaban las máquinas, abandonaron sus puestos y retrocedieron, aterrados, en dirección a la galería de comunicación.

—¿Que hacemos aquí? —preguntó Johnson, nervioso—, ¡Bajemos!

—Calma. Hagamos las cosas razonablemente, sin prisas. La galería que sirve de sumidero tiene un diámetro superior a la del chorro, lo que quiere decir que el agua fluirá libremente y el nivel de las aguas no subirá dentro de la gruta…

—Pero dentro del desagüe están trabajando con perforadores varias cuadrillas de hombres. Sus pesados taladros y sus cuerpos obturarán la galería. Y eso…

No bien acababa Johnson de hablar, cuando el agua que desaparecía por el desagüe comenzó a fluir dentro de la caverna. Algunos cadáveres que flotaban sobre el agua eran la prueba de que la hipótesis que acababa de esbozar era acertada… ¡La galería de desagüe se había atorado!

—¡Dios mío! —murmuró el doctor Mandroni, tembloroso.

Johnson le miró con curiosidad. Nunca le había oído mencionar a Dios ni suponía que el médico albergara sentimientos religiosos. Pero

aquella invocación le dio Una idea del pánico que debía sentir el doctor Mandroni.

Comenzaron a descender de la alta estructura. Desde arriba, la escena era dantesca: el chorro de agua seguía brotando con la misma potencia del principio. El piso se había cubierto en su mayor parte con dos metros de agua. Sobre la superficie flotaban algunos cadáveres y la vorágine de útiles de peso liviano. Y lo que llevó la esperanza al ánimo de Johnson: una de las vagonetas del tren se había soltado y flotaba en dirección a la base del andamio. La vagoneta era amplia, capaz para acoger a varios hombres.

Pero en aquel instante, el agua llegó a la base del transformador instalado junto a la ancha galería de comunicación con la Estación-1.

Johnson adivinó la tragedia un momento antes de que sucediera. La caverna estaba llenándose de agua rápidamente y...

¡El transformador estalló de repente con gran potencia, despidiendo surtidores azulados a lo largo de los conductores de las máquinas, que se fundieron con un chisporroteo espeluznante...!

Y, de pronto, la oscuridad total, absoluta.

—¿Está ahí, doctor? —preguntó Johnson, aferrado rígidamente a la escalera.

—Aquí estoy... no sé por cuánto tiempo —respondió el médico con voz quejumbrosa.

—¿Tiene la lámpara? —insistió Johnson, nervioso—. No sé cómo ha podido ocurrir, pero he perdido la mía...

Subió tres peldaños y palpó las piernas de su amigo.

—Sí..., la tengo. Pero no sé de qué va a servirnos —respondió con desesperanza.

—Animo. Vamos a bajar con cuidado. Así. ¡Nuestra canoa nos espera al pie del andamio! ¡Alcanzaremos el montacargas!

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente! El mismo reflujo de las aguas tenderá a empujarnos hacia la galería de comunicación —respondió Johnson.

Tomó la linterna de manos de Mandroni y la encendió. La vagoneta se balanceaba sobre el agua espumosa, al pie de la estructura metálica.

Johnson, que fue el primero en descender, sujetó la vagoneta con una mano y la sostuvo hasta que el débil Mandroni se alojó en ella.

—¿Y ahora? —preguntó el médico con voz desmayada cuando ambos estuvieron dentro de la improvisada embarcación.

Johnson describió un arco con la linterna, tratando de descubrir algo que les sirviera para remar. Por desgracia, los objetos que flotaban sobre la agitada y espumeante superficie eran demasiado pesados y voluminosos para ser utilizado como remos.

Un momento de indecisión. Luego, Johnson, arrodillado en eh

fondo de la improvisada embarcación, se inclinó hacia adelante y comenzó á mover los brazos en forma de remos.

—¡Haga lo mismo que yo! —gritó a Mandroni.

La vagoneta se separó lentamente de la estructura del andamio. A la luz de la lámpara que había adoptado en su caso, Johnson vio que la embarcación se aproximaba peligrosamente al potente chorro de agua, que seguía cayendo con estrépito. Furiosos remolinos se agitaban alrededor de ellos, impulsando la grotesca embarcación hacia la vorágine.

Jamás se movió Johnson tan velozmente. Sus brazos semejaban las paletas de una hélice golpeando el agua en su ansiedad por alejarse del peligro.

Al fin, la vagoneta fue despedida hacia adelante, después de cruzar bajo el espectacular arco iris.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó el doctor Mandroni—. El nivel de las aguas sube rápidamente. Si no nos damos prisa, el agua se elevará por encima de la galería de comunicación y quedaremos atrapados.

Era cierto. El nivel líquido había subido ya cuatro metros, de forma que apenas quedaba metro y medio de galería practicable.

Como Johnson había predicho. la corriente les empujó hacia la galería de comunicación. La vagoneta chocó violentamente con sus muros y dio una rápida vuelta sobre sí misma, pero finalmente enderezó el rumbo y siguió Botando hacia la Estación-1.

A la luz amarillenta de la lámpara, vieron que la superficie del agua estaba llena de cadáveres.

Johnson contó más de treinta. Los ahogados eran prisioneros en su mayor parte, pero Johnson reconoció también a dos celadores y tres guardias armados.

—¿Qué puede haber ocurrido en la Estación-1? —preguntó en voz alta, sin dejar de remar a manotazo limpio.

—¿No lo imaginas? —respondió Mandroni, con desesperanza—. Probablemente intentarían subir en el montacargas a la desesperada. Quizá lograron meterse dentro ochenta o noventa hombres. Demasiada carga para el aparato... Temo que los cables se hayan roto y la jaula se haya precipitado hacia tierra desde las alturas.

En cuanto llegaron a la gran caverna de la Estación-1, comprobaron que Mandroni había averiguado la verdad. Docenas de cadáveres flotaban sobre el agua. Más allá, la destrozada jaula del montacargas desaparecía ya bajo las aguas.

—Dios mío —volvió a murmurar el doctor Mandroni. Y se cruzó de brazos, exhausto y aterrado.

Pero Johnson no se dio por vencido. Aunque los brazos le pesaban como el plomo siguió chapoteando con sus brazos hasta que la vagoneta quedó balanceándose bajo el pozo del montacargas.

—¿Ya llegamos? ¿Y ahora...? —preguntó Mandroni, desmayadamente.

—No hay que preocuparse ya. El nivel de las aguas seguirá subiendo, con toda probabilidad, pero nuestra embarcación ascenderá por el pozo. Descansa ahora, amigo mío. Yo vigilaré... Imagino que antes o después vendrán en nuestra ayuda —respondió Johnson.

Ni él mismo creía en sus palabras, pero ¿qué podía hacer, sino esperar? Era absolutamente imposible escalar más de cien metros agarrados a los carriles metálicos del montacargas.

Arriba, a unos cuarenta metros de altura, se balanceaban los rotos cables de acero del montacargas.

CAPITULO IX

Los cadáveres de doscientos sesenta hombres se alineaban en la explanada, a la espera de ser trasladados al Destacamento, donde serían incinerados.

La catástrofe había costado la vida a doscientos diez condenados y otras cincuenta víctimas entre ingenieros, técnicos y guardianes.

En las alturas, graznaban los goolds, que con su fino instinto adivinaban la tragedia ocurrida en las profundidades. Una bandada de aquellas impresionantes carroñeras había sobrevolado el abismo unos minutos antes, pero los guardianes habían disparado sus rifle y derribado a tres animales, lo que había alejado inmediatamente a los demás.

Myers y Mandroni, que acababan de ser rescatados mediante una grúa, eran los únicos supervivientes de la espantosa catástrofe. Allá abajo, en el pozo, el nivel de las aguas seguía subiendo lentamente al cabo de tres horas.

Los vigilantes se mantenían sobre aviso. Probablemente no temían tanto a los agoreros goolds como a los seiscientos presos que permanecían formados en la explanada a la espera de que los trans llegasen desde el Destacamento para transportar los cadáveres.

El silencio era denso, tenso, apenas roto, de cuando en cuando, por los graznidos de los goolds, que seguían planeando majestuosamente en las alturas, a la espera de una oportunidad.

Ni siquiera Edmonton tenía ganas de gritar sus hirientes órdenes. Estaba en el centro de la explanada, rígido y silencioso, inexpresivo.

¿Cómo había logrado salvarse? Quince minutos antes de que se produjese la catástrofe, Johnson le había visto en la Estación-2. Probablemente, el ex coronel había adivinado la inminencia de la tragedia y se había apresurado a volver a la superficie.

Johnson rechinó los dientes. Los húmedos cadáveres despedían volutas de vapor, recalentándose al sol. Y sólo había un culpable de la muerte de doscientos sesenta hombres: el coronel Karibi, aquel loco homicida que se había empeñado en abrir una vía de agua, desoyendo los consejos de un ingeniero tan experimentado de Blakheim.

Al fin, los trans comenzaron a llegar a través de la pista tallada en talud. Una brigada de forzados comenzó a cargar los cadáveres, que iban siendo apilados como objetos inservibles en el interior de los vehículos.

—Es preciso hacer algo —murmuró Johnson entre dientes, pero el doctor Mandroni pudo oír claramente sus palabras—. Es el momento adecuado. Somos seiscientos hombres para un par de docenas de

vigilantes. No sería difícil reducirlos.

—Probablemente —respondió Mandroni, sin mover los labios—. Pero antes caerían cuarenta o cincuenta de los nuestros. ¿No es un precio demasiado alto?

—Doscientos diez forzados han perecido, sin obtener nada a cambio. Cualquier acción, por tanto, está justificada —observó Johnson, tremante.

—¡Chist! ¡Calla! —le advirtió el médico, súbitamente alarmado.

Johnson se mantuvo rígido. Detrás de él rechinaron unas botas.

Antes de oír su voz, Johnson sabía que Edmonton estaba a su espalda.

—Sal de la hilera, Treintaytrés-Cuarentaycinco —ordenó el jefe de celadores.

Johnson giró sobre sus talones y obedeció. Caminó en pos de Edmonton, que se alejaba hacia el lugar donde los presos estaban cargando los cadáveres. A cierta distancia de los guardianes que vigilaban la operación, Edmonton se detuvo bruscamente detrás de un vehículo.

—Quiero hablar con usted, mayor —pronunció Edmonton en un susurro.

Johnson se quedó sin habla. El hecho de que el jefe de celadores se dirigiera a él en tono respetuoso y llamándole «mayor» le sugirió inmediatamente una conspiración. Y no se equivocaba.

—Desde el principio decidí contar con usted, Myers. Si le traté despectivamente en público, fue precisamente para que todos creyesen que yo le odiaba —añadió Edmonton.

—¿Y no me odia?

—Nuestras diferencias nada importan ahora. Por encima de ellas, está la necesidad de ayudarnos mutuamente contra el coronel Karibi. ¿No comprende que ese perturbado acabará con todos? Terminar con él es un deber de humanidad.

—¿Cuál es su plan?

—Digamos que cuento con la ayuda de varios amigos. Hemos conseguido distraer algunas armas que nos permitirían iniciar el golpe. Por lo demás, estoy seguro de que los oficiales de servicio en el Destacamento se unirían a nosotros en cuanto hiciéramos una demostración de fuerza. Usted podría sernos de gran utilidad, puesto que sabe pilotar aeronaves y astronaves. Decídase. ¿Cuál es su postura?

Johnson vaciló.

Consideraba que Edmonton era demasiado hipócrita y traicionero como para fiarse de él. ¿Era sincero al ofrecerle participar en el golpe o se trataba de una trampa? Siempre le quedaría la duda de si Edmonton no habría oído su reciente conversación con el doctor

Mandroni. Finalmente, optó por mostrarse cauto.

—Digamos que no estoy en situación de arriesgar mi pellejo, Edmonton —dijo—. Su proyecto no me ofrece ninguna garantía. Prefiero seguir cumpliendo mi condena.

—¿Es su última palabra? —susurró Edmonton, tenso.

—Sí. La verdad es que no acabo de fiarme de usted, coronel —pronunció.

El rostro brutal de Edmonton se encendió.

—De acuerdo, Treintaytrés-Cuarentaycinco. ¡Vuelva a la formación! —exclamó con voz airada.

Marcando el paso a través de las hileras, Johnson se preguntó si no habría desaprovechado una ocasión única. Pero había dicho la verdad: no se fiaba de Edmonton, que había demostrado ser más taimado que un chacal.

Los trans se marcharon con su fúnebre carga. Diez minutos después estaban de vuelta. Los forzados cargaron los cadáveres que quedaban y hubieron de aguardar hasta que los vehículos volvieron por tercera vez y recibieron la orden de subir a ellos.

Cuando descendieron en el Destacamento, una columna de humo negruzco, se elevaba de las instalaciones de servicio: el homo crematorio había comenzado a funcionar.

Los condenados fueron encerrados en sus barracones. Las precauciones tomadas por la guardia indicaban claramente que se temía un levantamiento por parte de los presos.

El rancho de mediodía les fue servido en los mismos barracones. En medio de una calma tensa y triste, transcurrió el resto de la jornada.

Mandroni y Johnson apenas cambiaron media docena de palabras. El recuerdo de la tragedia estaba demasiado próximo como para suscitar una conversación relajada.

Al anochecer, el destacamento permanecía en calma. En el barracón número nueve, la mayoría de los reclusos dormían ya.

Quizá sólo Johnson Myers permanecía despierto cuando se oyó el chirrido del cerrojo.

Media docena de vigilantes armados penetraron en el recinto y se dirigieron rectamente hacia la litera que ocupaban Johnson y el doctor Mandroni.

—Vienen a por mí —adivinó Johnson, tenso.

Un rompecabezas de plomo le golpeó con fuerza en la frente en el momento en que se incorporaba sobre el lecho. Una explosión anaranjada explotó en su cráneo y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí se encontraba en un lugar desconocido. Sus manos palparon el pavimento color plata. Quiso alzar la cabeza, pero un ramalazo de dolor le aconsejó seguir postrado boca abajo en el

suelo.

Desde allí abrió los ojos y vio una estancia espaciosa, adornada con bellos vegetales y algunos muebles igualmente metálicos. Por debajo de una mesa asomaban unos pies embutidos en brillantes botas negras.

—Yo había decidido que usted, Myers, se convirtiera en el hombre de confianza de Edmonton, para, finalmente, ocupar su puesto —pronunció alguien con voz monótona.

Johnson alzó un poco la cabeza. Por encima de la mesa asomaba un rostro cuadrado, lleno de manchas marrones. Unos ojos brillantes, febriles, una nariz casi inexistente, una boca de labios descoloridos, finos y duros.

En la nariz del coronel Karibi había un carcinoma, era evidente. Los tejidos y cartílagos casi habían desaparecido, devorados por el cáncer. Una mano nerviosa y delgada, pasó un pañuelo por las repugnantes fosas nasales.

—Pero usted, Myers, no merecía mí confianza —siguió la voz monótona—. Usted. Myers, conspiraba a mi espalda.

Johnson apartó la mirada del repugnante rostro de Adlai Karibi. Sobre una percha colocada en un rincón, un bello pájaro de verdoso plumaje y pico corvo, contemplaba la escena con la cabeza grotescamente inclinada, ora hacia Karibi, ora hacia el prisionero que yacía en el suelo.

—Y ahora quiero saber sus piernas, Myers. Quiero saberlo todo, incluidos los números de sus cómplices —continuó Karibi, como si que! asunto no le importase en absoluto.

Johnson se removió en el suelo. Una rápida mirada atrás le convenció de que el coronel y él se encontraron solos en la espaciosa estancia iluminada con luz indirecta.

Esta comprobación avivó el interés de Johnson. ¿No sería posible aprovechar la ocasión para caer sobre aquel loco por sorpresa y dominar la situación por sí mismo?

ES singular pájaro verde que parecía observar a los dos hombres con acritud casi humana, prorrumpió en una serie de agudos graznidos.

Karibi giró la cabeza.

—¡Cállate, maldito! —gritó descompuesto.

Pero el pájaro volvió a graznar. La faz cenicienta de Karibi se tornó violeta oscuro.

De repente, brilló un rayo plateado que cruzó la estancia y fulminó a la avecilla. Su cuerpo cayó sobre el pavimento y humeó un poco, completamente carbonizado.

—Todo, Myers. Quiero saberlo todo —insistió Karibi con voz indiferente.

Johnson se movió un poco sobre el pavimento. Sabía ahora que Karibi estaba armado. La descarga eléctrica que había fulminado al pájaro verde había sido disparada por una peligrosa pistolaláser.

—Edmonton me habló —confesó el prisionero—. Me propuso que participase en un golpe contra usted. Pero me negué. Es la verdad.

Los delgados labios de Karibi se plegaron en una grotesca sonrisa. Probablemente trataba de reír, pero no poseía aquella facultad tan humana.

—Me sorprende usted, Myers. Esperaba de un hombre inteligente una disculpa aceptable. Pero decir que Edmonton planeó una conspiración es absurdo. No es que yo lo crea incapaz de traicionarme, no. Sé que me teme tanto, que jamás alzaría un dedo contra mí. Así, pues, usted miente, Myers. Le enviaré al «tubo» y permanecerá allí hasta que vuelva a acordarme de usted, aunque... probablemente no vuelva a recordarle jamás —pronunció Karibi.

Johnson se estremeció. ¡El «tubo»!

Fue la desesperación lo que le impulsó a obrar temerariamente. De improviso se incorporó con sorprendente agilidad y saltó sobre Karibi.

Llegó incluso a tocarle. Pero la pistolaláser lanzó su rayo plateado y el pecho de Johnson ardió en una llamarada insoportable. Notó que sus entrañas se achicharraban, que el fuego del infierno le, devoraba vivo.

Quedó inmóvil, rígido, sobre la mesa de Karibi. El coronel le apresó por los cabellos y lo lanzó lejos de sí sobre la pulida superficie del suelo.

CAPITULO X

Al principio, fue llevando la cuenta de los días que transcurrían. El método de contabilidad consistía en recordar mentalmente las porciones de rancho que le iban llegando a través del conducto de aireación.

Llegó a contar hasta sesenta y dos días. Después perdió la cuenta, pero no se desesperó por ello. ¿Qué más daba?

En el fondo del túnel vertical de cincuenta metros de profundidad, Johnson Myers iba perdiendo la noción de las cosas día a día.

Hasta entonces había conseguido evitar la locura. Pensaba constantemente en Kira-My y su obsesión se había visto compensada con varios agradables sueños en los que veía a la bella jovencita tendiéndole los brazos con ansiedad desde lo alto del pozo, como si ella intentara evitarle aquel suplicio.

La verdad era que el doctor Mandroni no había sabido describir bien el tormento que suponía el enclaustramiento en el «tubo». No era sólo el insufrible hedor de los excrementos, sino también la sensación de soledad y abandono. El simple rumor que diariamente producía la trampilla a través de la cual le llegaban los alimentos y el agua suponía un consuelo para el hombre encerrado en el fondo del pozo. El resto del día, el silencio era absoluto, angustioso, enloquecedor.

Luego... la estrechez del cilindro de hormigón suponía un tormento inaguantable. Johnson había probado a dormir en todas las posturas imaginables: con las piernas pegadas al pecho, de rodillas, de pie... Pero el descanso era imposible. Finalmente, las articulaciones comenzaban a enmohecerse y el menor movimiento significaba un terrible martirio.

Pero, al fin y al cabo, todavía estaba vivo. Y cuanto más sufría, más deseos sentía de seguir viviendo.

Puso toda su voluntad en mantener la imaginación despierta, para evitar la autocompasión y hacer más leves los sufrimientos. Esto suponía un aprendizaje lento y difícil, pero consiguió inhibirse casi completamente de su entorno. No vivía su lastimosa situación: permanecía en espíritu lejos de allí.

A veces pensaba en el doctor Mandroni. Rememoraba sus conversaciones y cada episodio de los meses vividos en estrecha camaradería. Verdaderamente, Mandroni era un ser admirable. De hecho, Johnson le debía la vida.

La crecida barba le molestaba mucho cuando hincaba el mentón en el pecho y se entregaba a sus delirios. Pero no se abandonaba. Se había propuesto realizar cada día una serie de limitados ejercicios

físicos y se esforzaba en mantener sus ropas medianamente limpias. Esto permitía ocupar una parte de su tiempo. El resto era dedicado a pensar, a rememorar, a inhibirse de sus sufrimientos.

Prácticamente, había olvidado el tiempo que llevaba allí, cuando un día se abrió el agujerito allá arriba y pudo contemplar el firmamento azul. Un momento después, le izaban a la superficie.

Cerró con fuerza los párpados cuando la brillante luz del día le hirió las pupilas.

Sus piernas anquilosadas se negaron a sostenerle en pie. Cayó de bruces y se hirió en una ceja. Luego se sintió arrastrado. Le arrojaron bruscamente y rodó por el suelo. Le habían dejado en una celda húmeda y fría, pero la penumbra le permitió entreabrir los párpados y amoldar paulatinamente su visión a la luz.

Entonces vio al sargento Koe. Estaba allí, en pie, mirándole con curiosidad.

—Te traeré algo de comida —dijo el nativo.

—¿Por qué me han sacado del «tubo»? —preguntó Johnson—. Tenía entendido que Karibi pensaba dejarme allí hasta que muriese.

—Hablé con Edmonton —susurró Koe, dirigiendo una desconfiada mirada hacia la puerta, cerrada—. Edmonton visitó al coronel Karibi y le recordó que no era aconsejable que se produjeran más bajas después de la tragedia ocurrida en las galerías subterráneas. Karibi ordenó que te sacáramos. Creo que atraviesa una de sus crisis. Anteayer envió una brigada compuesta por cien hombres y diez guardias al bosque, para cortar leña. Los kruugs cayeron sobre ellos. Fue horrible. Sólo regresaron once. Naturalmente, la madera no era necesaria para nada; Karibi sabía lo que iba a ocurrir.

—Te expresas de una extraña forma, Koe —observó Johnson, perplejo—. ¿Es que te has unido a Edmonton?

—Sí —prosiguió el sargento sin ambages—. Era lo único que podía hacer, dadas las circunstancias. Karibi ha empeorado. Y su locura significa el final para todos. Anteayer envió una brigada de forzados al bosque, mañana puede ocurrírsele otra cosa. Es preciso poner fin a esta situación, si queremos sobrevivir, hemos de librarnos del coronel. En realidad, todo está dispuesto. Los oficiales están de acuerdo. Sólo te esperamos a ti.

Johnson le miró, estupefacto. De modo que Edmonton conspiraba de nuevo...

—¿Estáis seguros de que me uniré a vosotros? —preguntó a Koe.

—¡Qué remedio! Con nuestra ayuda, puedes recuperarte en unos cuantos días, pero si no accedes, te dejaremos abandonado a tus fuerzas, que aparentemente no son muchas, —Koe se inclinó sobre él —. Pero ¿cómo puedes dudarlo? Edmonton tiene razón: seguir obedeciendo a Karibi supone la muerte.

—De acuerdo —decidió Johnson—. Estoy con vosotros.

Koe se incorporó. Una sonrisa satisfecha plegó sus gruesos labios.

—Es lo más acertado. Confía en mí. Te traeré buena comida y te ayudaré a rehabilitar tus piernas. Ahora tengo que irme.

—Dime una cosa —rogó Johnson—. ¿Cómo está el doctor Mandroni? Quiero decir...

—Vive todavía —respondió Koe—. Pero está agonizando.

*

Quince días después, Johnson Myers fue devuelto al Barracón número nueve.

En cuanto vio a Mandroni comprendió que Koe no había mentido: el médico estaba muriéndose. Le habían permitido descansar durante todo el día en su litera. Dormía cuando Johnson penetró en el recinto, pero su respiración era estertorosa y su sueño intranquilo.

Despertó en cuanto Johnson se aproximó a su lecho. Sus facciones febriles y pálidas se animaron.

—¡Johnson, amigo mío! ¿Al fin te han dejado salir! —exclamó con un susurro apenas audible—. Por desgracia, yo estoy listo...

—No va a morirse, doctor —pronunció Johnson con angustiosa emoción—. Tiene que haber un medio de salvarle. Medicinas, tratamiento, lo que sea...

—Quizá unas dosis elevadas de antibióticos... Pero es inútil esperar nada. Ya sabe la consigna, amigo mío —respondió Mandroni, con una sonrisa irónica—. Aquí se cura a los heridos, pero se deja morir a los enfermos...

—Conseguir los antibióticos —prometió Johnson, con firmeza—. ¡Aguante, doctor, tiene que aguantar!

Se asomó por la ventana e hizo la señal convenida a Koe, que aguardaba fuera. El sargento penetró en el barracón y escuchó las explicaciones de Myers. Una hora más tarde le entregaba secretamente varios envases de medicinas y un equipo de inyecciones. Fue Johnson personalmente quien inyectó una fuerte dosis de antibióticos al doctor Mandroni, que se quedó dormido después, aunque su respiración seguía siendo dificultosa.

Al día siguiente, Johnson fue trasladado a la caverna. Durante los ciento nueve días que había permanecido en el «tubo», potentes electro-bombas habían desalojado el agua de las estaciones 1 y 2 y el caudal del manantial había sido do-minado y conducido a través de gruesas tuberías hasta un gran lago-aljibe subterráneo.

En la Estación-2, Johnson recibió la orden de subir a un andamio y proseguir con su trabajo habitual. Pero no habían transcurrido unos minutos cuando el coronel Edmonton subió a la plataforma.

—Deje de perforar, Myers. Es hora de que hablemos en serio —dijo.

Johnson escrutó fijamente las facciones de Edmonton.

—Fue usted quien denunció a Karibi y consiguió que me enviaran al «tubo», ¿no es cierto? —preguntó con frialdad manifiesta.

—Y lo volvería a hacer cuantas veces fuera necesario —admitió Edmonton cínicamente—. Todo por escapar de Kil-Edra, mayor Myers. Le necesitamos. No disponemos de más pilotos que usted. Y las naves del IC son demasiado sofisticadas para confiárselas a cualquiera. Sólo puedo ofrecerle una cosa, mayor: la libertad. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Johnson, con una leve sonrisa—. ¿Cuál es el plan?

Edmonton se apoyó sobre la baranda protectora de la plataforma.

—Karibi padece un síndrome de abstinencia. Usted sabe lo que eso quiere decir: lleva dos días sin fumar esa yerba a la que llaman «Espíritu del Diablo». Su ayudante, el capitán Colbert, se ha unido finalmente a nosotros. Ha sido Colbert, precisamente, quien ha robado al coronel las pastillas de rinx-groy que éste guarda celosamente en sus dependencias de la torre de control. Sin droga. Karibi no es nada. Es la ocasión propicia: pasado mañana aterrizará en la astrobase una nave de suministro. En el momento en que la nave esté posada en tierra, comenzará nuestra actuación.

—Pero las naves que hacen el servicio a Kil-Edra son Turbo-Fligth. Sólo admiten una carga de doscientas personas —observó Johnson.

—No necesitamos más. Verdaderamente, ni siquiera necesitaríamos una de esas Turbo-Fligth: en las actuales circunstancias nos será fácil dominar a la guardia y apoderarnos de los trans disponibles. Pero cubrir casi mil kilómetros a través de selvas y montañas sería lento y azaroso. Prefiero escapar por el aire. He seleccionado a las personas que nos acompañarán: ciento cincuenta hombres seleccionados.

—¿Y el resto? —preguntó inmediatamente Myers.

—¿El resto? La mayoría son seres desprovistos de voluntad e iniciativa. Karibi y el ambiente del Destacamento les han convertido en meros autómatas. Muchos de esos hombres ni siquiera agradecerían la libertad: viven por inercia. Por lo demás, conseguiremos arrestar al coronel y anularlo por completo. Más tarde, las autoridades de Dagangha decidirán. Probablemente enviarán a un nuevo jefe, que organizará el Destacamento.

Johnson miró a Edmonton con fijeza.

—¿Y después?

—¿Qué quiere decir con después? —se impacientó el coronel—. En cuanto a mí, no deseo otra cosa que recuperar mi libertad.

Volaremos hasta las llanuras de Kidrah-Boo o a las selvas septentrionales del Hirami. Podemos establece una colonia… De todas formas, cada uno de los conjurados elegirá su destino ulterior.

—Dígame una cosa, Edmonton —pidió Myers—. Entre las personas seleccionadas para emprender la fuga, ¿se encuentra el doctor Albert Mandroni?

—¿Veintidós-Noventayocho? —exclamó Edmonton. Y estalló, asombrado—: ¡Desde luego que no! ¿De qué nos serviría un hombre desahuciado, un enfermo moribundo?

Johnson sintió deseos de abofetearle.

—Yo tengo un especial interés en tener conmigo a Mandroni —pronunció con toda claridad—. Intento salvarle la vida porque es un hombre admirable. Y ésta es mi decisión: o el doctor viene con nosotros o tendrá que buscar otra persona para pilotar la nave Turbo-Fligth.

Las facciones de Edmonton se crisparon en un rictus iracundo.

—No está en situación para poner condiciones, mayor —observó con los labios apretados—. Sin embargo, y puesto que demuestra tanto interés por Mandroni, sea. Le incluiré en mi lista. Y ahora vuelva al trabajo. Por desgracia, no contamos con el apoyo de todos los oficiales y es preciso ser cautos hasta el último momento.

Johnson se inclinó y tomó en sus manos el perforador.

—¿A qué hora llegará la aeronave de suministro? —preguntó a Edmonton.

—A primeras horas de la mañana —respondió el coronel—. Me las arreglaré para que usted se quede pasado mañana en el barracón. De esta forma, podrá observar el descenso de la nave y calcular su capacidad de carga.

Avanzó dos pasos y se afianzó al pasamanos de la escalera metálica.

—No hable con nadie de esto. Ni siquiera con su admirable amigo el doctor Mandroni —recomendó—. Si el golpe fallase por su causa, yo le culparía a usted sin el menor escrúpulo. Y ya sabe que Karibi no le tiene la menor simpatía personal.

Johnson asintió con un gesto y Edmonton desapareció.

De pie sobre la plataforma, Johnson Myers apretó el disparador de su taladro y el acero atacó vigorosamente una estalactita.

De una cosa estaba seguro entonces: Edmonton se desharía de él en cuanto considerase que Johnson había dejado de serle útil.

CAPITULO XI

La casualidad hizo que el coronel Edmonton no se viera obligado a buscar una excusa que justificara la permanencia de Johnson Myers en el Barracón número nueve: en la tarde del día siguiente, Johnson resbaló cuando descendía del andamio, cayó de bruces y se fracturó la muñeca derecha.

El brazo se le había hinchado monstruosamente cuando el montacargas le devolvió a la superficie. Edmonton, que estaba organizando y dirigiendo el embarque de los condenados en los trans, se le quedó mirando y comprendió.

Cuando Johnson subía a uno de los vehículos, Edmonton le detuvo con una fingida expresión de cólera.

—Ya veo que se ha roto la muñeca. ¿No le impedirá eso pilotar la aeronave? —preguntó en un susurro.

—Para pilotar una Turbo-Flight no se precisa habilidad manual, sino mental —respondió Johnson, con fina ironía. Poco después, un sanitario le escayolaba el brazo roto.

Cuando llegó al Barracón número Nueve, se dirigió lleno de ansiedad hacia el lecho donde permanecía el doctor Mandroni, que despertó en seguida. Johnson observó el estado del enfermo. La fiebre se mantenía, pero su aspecto exterior había mejorado un tanto.

—Vamos, ánimo, todo va bien —susurró al oído de su amigo. Y Mandroni volvió a dormirse.

Esperó dos horas. Cuando comprobó que todos dormían, descendió de la litera superior, dispuso rápidamente una inyección y pinchó a Mandroni en el glúteo.

—Querido Johnson —murmuró el médico—. ¿Crees de veras que todo esto servirá de algo?

Los ojos azules de Myers destellaron, voluntariosos.

—¿Cómo puede dudarlo? Ha mejorado ostensiblemente en estos dos días. O por lo menos su estado no se ha agravado —bajó la voz y aproximó sus labios al oído de Mandroni—. Tengo una buena noticia para usted: es posible que pronto podamos escapar de este infierno.

Mandroni se animó un tanto. A pesar de lo cual, respondió desesperanzado.

—¿Escapar? ¡La fuga es imposible!

—Cálmese. Usted sabe que yo no le prometería algo sin estar seguro de que existe una probabilidad de que se realice. Tal vez mañana sea el día... Pero no se intranquilice. Descanse. Y por encima de todo, confíe en mí.

—Tanto como en mí mismo —respondió Mandroni con un hilo de

voz.

Johnson ascendió a su camastro y se dejó caer, exhausto. Sospechaba que el sueño no acudiría rápidamente a él, dado su estado de tensión.

Al fin se durmió, pero despertó en muchas ocasiones, obsesionado por la inminencia de la aventura que había de iniciarse al día siguiente. Soñó que se reunía con Kira-My y que ambos se fundían en un apretado abrazo.

Cuando despertó, recordó de repente a Perla Mayer-Brown. Y se asombró del hecho de que su recuerdo se hubiera difuminado en la distancia sin dejar huella ni dolor alguno.

Entonces se preguntó si verdaderamente había querido alguna vez a aquella bella y sofisticada mujer, refinada y elegante, pero carente de alma.

La sirena llegó, estridente, hasta sus tímpanos y los hombres se arrojaron como autómatas de las camas. En pocos minutos, el largo barracón quedó desierto.

Johnson bajó de la cama y tomó el pulso de Mandroni. Su respiración era más regular y la fiebre había decrecido. A pesar de ello, sacó un frasco de antibióticos de debajo de su colchoneta e inyectó una nueva dosis al enfermo.

—¿Es ya la hora de partir? —preguntó Mandroni, somnoliento. Pero Johnson le impuso silencio con un ademán.

Transcurrieron unos minutos. Tras recibir el desayuno, los forzados subieron a los trans y se dirigieron a las galerías subterráneas.

Johnson estaba guardándose en el pecho los dos últimos envases de antibióticos, cuando escuchó unos pasos precipitados.

Al ver penetrar al capitán Colbert pistola en mano, temió por un momento que la intentona hubiera fracasado. Pero en pos del ayudante de Colbert, penetró Edmonton, muy excitado.

—El plan está en marcha —anunció el coronel—. Faltan treinta minutos para que aterrice la aeronave de suministro. Entretanto, Colbert ha inutilizado la unidad de telecomunicaciones y encerrado a Karibi en la torre de control. Al parecer, el coronel se ha pasado la noche aullando como un lobo y está destrozando todas las instalaciones de la torre, pero eso no debe preocuparnos: no podrá alertar a los pilotos de la aeronave que se aproxima a Kil-Edra.

Dirigió una mirada al doctor Mandroni.

—¿Cómo está? —preguntó—. ¿Vale la pena llevarlo?

—Traigan una camilla —respondió Johnson, indignado—. Le sacaremos de aquí en cuanto descienda la nave de transporte procedente de Dagangha.

Edmonton salió un momento y volvió en seguida. No parecía

dispuesto a separarse un solo momento de Johnson Myers. Tal vez desconfiaba. ¿Imaginaba que Myers iba a desbancarle por sorpresa de la dirección del complot...?

Koe y otros dos suboficiales penetraron en el barracón. Traían una camilla plegable y un par de mantas.

Entretanto, Johnson miró a través de los cristales y advirtió ciertos movimientos sospechosos entre individuos de la guardia.

—No se alarme, Myers —le tranquilizó Edmonton—. Mis hombres están reuniendo a los oficiales y a los conductores de los trans que se aproximarán a la aeronave en cuanto ésta se pose en tierra. La sorpresa será fácil. Estoy seguro de que el plan se cumplirá, paso a paso.

Parecía tan seguro de sí mismo, que Johnson comenzó a sospechar. Edmonton le habla asegurado que lo único que le interesaba era obtener la libertad. Incluso había mencionado establecer una comunidad libre en los llanos de Kidrah-Boo o las espesas y ricas selvas norteñas de la región de Hirami...

Pero la tensión y la inquietud de que daba muestras eran más bien las propias del tahúr que guarda un naipe falso en la bocamanga. ¿Qué se propondría...?

Los minutos corrían aprisa. Colbert, que llevaba al cuello un potente radio-transmisor dio aviso:

—¡Desciende! ¡Oigo las voces de los pilotos, solicitando datos técnicos a la torre de control! Por fortuna, uno de mis ingenieros está allí para atenderles.

Johnson corrió a la ventana. Observó el firmamento y descubrió un puntito que aumentó de tamaño velozmente hasta convertirse en la plateada silueta de una magnífica Turbo-Flight 202.

La aeronave inició el descenso en vertical, se balanceó a cincuenta metros y finalmente se posó en el centro de una de las pistas, a dos mil metros de la torre de control.

—¡Aprisa, aprisa! —exclamó Edmonton—. ¡Saquen de aquí a ese hombre! —y señaló al doctor Mandroni.

Entre Johnson y el sargento Koe, tomaron al enfermo con cuidado y le depositaron en la camilla. Desde fuera llegó el rumor de aire comprimido de un trans que acababa de detenerse ante el Barracón número Nueve.

Mandroni fue sacado apresuradamente y acomodado en el interior del vehículo. Seguidamente, subieron Koe y los dos suboficiales, seguidos de Johnson, Colbert y el coronel Edmonton.

—Adelante, despacio —ordenó el coronel al conductor.

Doce trans se dirigían ya en línea recta hasta la posada Turbo-Flight-202.

El vehículo que transportaba a Johnson se encontraba aún a mil

metros de la aeronave cuando Johnson tomó unos prismáticos y comprobó que el fuselaje inferior del aparato se abría y descendían los mecánicos de vuelo para montar la cinta transportadora que trasladaría la carga desde la bodega de la Turbo-Flight-202 a los trans, en pocos minutos.

El vehículo en el que se acercaban aminoró la marcha para dar tiempo a que se realizara la carga. Justo en el momento en que los mecánicos se disponían a desmontar la cinta transportadora, los hombres de Edmonton cayeron sobre ellos y los redujeron rápidamente.

Antes de que los pilotos advirtieran la maniobra, los amotinados oficiales se vieron encañonados en la cabina de navegación. Ni siquiera tuvieron tiempo para utilizar los canales de telecomunicación y dar la alarma a Dagangha.

—¡Se lo advertí, mayor Myers! —exclamó Edmonton, volviéndose hacia Johnson—. Mi plan no podía fallar.

A juzgar por su expresión, se diría que el mérito sólo se debía a él.

—Ya veremos —respondió Myers, cauteloso—. Aún no hemos escapado de Kil-Edra.

Pero el vehículo acababa de detenerse bajo el fuselaje de la aeronave y Edmonton saltó a tierra sin prestar atención al comentario de Johnson.

Como tenía el brazo derecho escayolado, Johnson pidió a la sargento Koe y a otro de los suboficiales que tomasen la camilla del doctor Mandroni y le subiesen a la Turbo-Flight-202.

De los doce trans que habían confluido junto a la aeronave estaban descendiendo apresuradamente numerosas personas que se dirigieron con excesiva urgencia hacia la nave de transporte.

Viendo que aquellos individuos se abalanzaban hacia la rampa de acceso tumultuosamente, Johnson no pudo evitar el comentario al acercarse a Edmonton, que supervisaba desde tierra la operación.

—Es curioso, coronel —observó Myers—. No ve un solo civil entre los conspiradores. Tan sólo militares.

—¿Qué esperaba? —Edmonton se volvió, desabrido, a mirarle—. Una operación táctica como ésta sólo podía ser realizada con éxito por militares, expertos en estrategia —se agitó nervioso al ver que Johnson le escrutaba fijamente—. ¿Qué espera aquí? ¿Por qué no sube? ¡Imagino que deberá realizar algunas comprobaciones! ¡Dese prisa! Yo aguardaré aquí hasta que todos hayan subido.

Lentamente, Johnson se dirigió hacia la aeronave. Se dirigió directamente a la cabina de navegación y comprobó que los tanques de combustible estaban casi llenos. Un momento después, el capitán Colbert se reunió con él.

Minutos después, Edmonton daba la orden de que fueran cerrados

los compartimentos de carga. Johnson estaba comprobando la operación, cuando escuchó la exclamación del capitán Colbert.

—¿Qué diablos está haciendo ese loco?

Johnson le miró un momento.

—¿Edmonton? —preguntó.

—¡No se trata de Edmonton, sino del coronel Karibi! ¡Mire! —gritó. Y le tendió sus prismáticos.

Johnson enfocó el aparato hacia la torre de control. En lo alto del observatorio, se divisaba una figura a través de los cristales.

En aquel momento, una gran lámina de cristal estalló y sus fragmentos cayeron lentamente a tierra desde ochenta metros de altura.

—¡Se va a...! —murmuró, alarmado.

La figura de Karibi, que seguía golpeando los cristales con una barra metálica, vaciló al borde del abismo. Al ver que iba a despeñarse desde ochenta metros de altura, Karibi se aferró instintivamente a la arista del cristal destrozado.

A través de los prismáticos, Myers vio claramente como el coronel Karibi aflojaba sus heridas manos y caía de espaldas al vacío.

Instintivamente, siguió con los prismáticos la caída del cuerpo. Se le antojó que transcurría toda una eternidad antes de que Karibi se estrellara contra el piso de hormigón, rebotase como un muñeco inarticulado y volviese a caer finalmente, para quedar absolutamente inmóvil.

Al cabo de un instante, Johnson Myers devolvió los prismáticos al capitán Colbert y dijo:

—Karibi acaba de morir. El motín y la fuga no tienen ya razón de ser. Podemos comunicar con Dagangha e informar al general. Estoy seguro que Mayer-Brown comprenderá la situación y se mostrará magnánimo con todos. De todas formas, la situación puede resolverse sin recurrir a la violencia —arguyó.

Alguien acababa de penetrar impetuosamente en la cabina de navegación. Johnson se volvió en su asiento giratorio y vio al coronel Edmonton.

—No creo de ninguna forma que nuestra situación fuera comprendida en Dagangha —expuso con energía—. Entre otras cosas, porque el Gobierno del general Mayer-Brown cayó hace más de quince días.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Johnson, sorprendido.

—El capitán Colbert recibió un mensaje del nuevo Gobierno antes de inutilizar la unidad de telecomunicaciones. El golpe ha sido protagonizado por el teniente coronel Harcon Doboe.

—¿Es eso cierto, capitán? —preguntó Myers, girándose hacia Colbert.

—Absolutamente cierto —respondió el oficial, sin rehuir la mirada —. El golpe tuvo lugar hace quince días exactamente. Pero el coronel Karibi que, como todos sabemos, censuraba las noticias llegadas a Kil-Edra, ocultó la noticia. El general Mayer-Brown fue arrestado en su palacio-fortaleza, junto con su hija, y Doboe se ha promovido a sí mismo a general y ocupa el Gobierno. Es de imaginar que el suyo será un gobierno dictatorial, mil veces más duro e injusto que el del general Mayer-Brown, que fue elegido por el I.C. legalmente.

Edmonton sonrió, irónico.

—¿Sigues pensando que debemos quedarnos aquí, cruzados de brazos, mayor? —preguntó a Myers.

—No —respondió éste tras breve reflexión—. Creo que seremos mucho más útiles a la causa de la libertad en Dagangha.

CAPITULO XII

Hacia el mediodía, la Turbo-Flight-202 —que había volado muy bajo para evitar ser detectada—, descendió sobre un claro en las espesas selvas de Huro, a menos de cien kilómetros de la capital.

Sin perder tiempo, se levantó un campamento que habría de servir de cuartel de operaciones. El doctor Mandroni fue instalado en una fresca tienda de campaña, vigilado constantemente por un sanitario.

Después del almuerzo, el coronel Edmonton citó a sus oficiales en su tienda.

—Voy a ser muy breve, señores. Si queremos ayudar al general Mayer-Brown tendremos que actuar antes de que Doboe consiga consolidar su gobierno —expuso—. Por mi parte, diré que me interesa rehabilitarme, enmendar mis pasados errores. Imagino que al mayor Myers le preocupa otro tanto. Dispongamos, pues, nuestra estrategia. ¿Alguno de ustedes quiere nacer una sugerencia?

Johnson se puso en pie y apoyó su antebrazo vendado sobre la mesa.

—Como antiguo jefe del S.I.P. tuve acceso a diferentes secretos de Estado. Conozco perfectamente, por ejemplo, la central-almacén de módulos nucleares de Bagur-Sho, que una cincuentena de hombres escogidos podrid tomar con cierta facilidad. Teniendo Bagur-Sho en nuestro poder, sin posibilidades de utilizar los versátiles módulos nucleares aplicables tanto a vehículos pesados, como aeronaves y máquinas, la vida en Dagangha quedaría colapsada en pocos días —explicó.

Todos le miraron con suma atención, especialmente el coronel Edmonton.

—Es muy interesante lo que acaba de decir, mayor —observó el coronel—. Y creo que tiene toda la razón. Dibuje un plano, explique detalladamente las defensas de Bagur-Sho y yo me comprometo a tomarlo esta misma noche.

—No es necesario —replicó el mayor Myers—. Lo sé todo de memoria, pero es preciso que yo esté allí. No será difícil sorprender a la guardia, pero la entrada al silo es inexpugnable.

—¿Inexpugnable? ¿Cómo piensa entrar entonces?

—Aparte de un blindaje resistente a cualquier asalto, los sistemas de seguridad de Bagur-Sho se basan en combinaciones de dígitos y de sonidos. Mi voz está impresionada en una placa magnetofónica, de modo que de nada serviría que cualquiera de ustedes manipulara en los sistemas de entrada o pronunciase unas palabras ante los micrófonos situados en la cabina de computarización, porque el

acceso continuaría cerrado.

Edmonton se mordió los labios.

—Está bien, vendrá con nosotros. En realidad, no podrá ayudamos mucho con ese brazo fracturado, pero si basta con su presencia... Bien. Hemos de apoderarnos de algunos vehículos, pues utilizar la aeronave para llegar a Bagur-Sho sería estúpido y temerario. Imagino que Doboe, desconfiado, habrá ordenado que las patrullas recorran los parajes próximos a Dagangha. Así, pues, seleccionaremos a unas cuantas patrullas que atravesarán la selva y capturarán vehículos y armamento. Capitán Colbert, nombre a los hombres que juzgue más adecuados —decidió el coronel Edmonton. Y dio la reunión por terminada.

Cuando Johnson abandonó la tienda, comprobó que una docena de hombres se disponía a armar un puesto de vigilancia en la copa de un altísimo árbol centenario.

Se dirigió a la tienda donde descansaba el doctor Mandroni e indicó al sanitario que podía salir a estirar las piernas.

El médico despertó al escuchar la voz de Myers y abrió los ojos. A Johnson le bastó comprobar la viveza de su mirada, para comprender que el enfermo estaba superando la crisis.

—Creo... que voy a salir de esta, amigo mío —comentó, animoso.

Johnson se inclinó sobre una silla plegable y puso una mano sobre el hombro del enfermo.

—Hay grandes noticias, doctor. Esta noche nos apoderaremos del silo de Bagur-Sho. Posiblemente, después estableceremos contacto con los oficiales y personajes civiles leales al general Mayer-Brown. Es posible que en unas pocas fechas podamos dominar la situación —expuso.

—¿Piensas exponer tu vida por reintegrar al general a su poltrona? —se asombró Mandroni—, Hijo mío, cuando te conocí supe en seguida que tenía ante mí a un hombre recto y valeroso, pero jamás supuse que fueras un estúpido. ¡Deja que Mayer-Brown se las arregle como pueda! ¿No recuerdas el daño que él y su hija te hicieron?

Myers se pasó una mano nerviosa por su atezado rostro.

—Déjame que le explique algo, doctor. Mayer-Brown es un hombre severo e intransigente, pero íntegro y honrado. Durante su mandato, Dagangha y las otras poblaciones del norte, han vivido en paz y han prosperado. Mayer-Brown jamás impuso a la gente otros límites que los que aconsejaba la cautela y la seguridad, pues por lo demás fue un nombre liberal. Harcon Doboe, por el contrario, es la imagen opuesta: hipócrita, cínico, traidor. No creo equivocarme al suponer que los habitantes de Dagangha le odien ya y que están deseando ver al general Mayer-Brown en el puesto que le corresponde.

—Pero a ti…

—No importan mis problemas personales. Mi condena fue injusta, pero el general se fió de unas pruebas falsas, de modo que no es por completo responsable del error que me llevó a Kil-Edra —replicó Myers, seguro de sí mismo—. Llevo sólo unas horas en libertad, pero este pequeño espacio de tiempo sin sentirme sojuzgado me ha servido para comprender que no puedo renunciar a mi independencia, a sentirme libre. Pues bien, también los demás tienen derecho a serlo.

Mandroni dejó escapar un suspiro.

—¡Está bien, está bien! Puesto que tan decidido estás a meterte en problemas, lo único que deseo es que puedas volver junto a mí —respondió el médico, emocionado.

Johnson le oprimió suavemente una mano y se puso en pie.

—Sólo me preocupa una cosa —declaró.

—¿Qué, quién?

—Edmonton. Siempre desconfié instintivamente de él. Su actitud de ahora es la del que trata de enmendar pasados errores, pero algo me dice que Edmonton nos traicionará a todos.

—No te fíes, en tal caso, y permanece siempre prevenido. ¿Volveré a verte hoy?

—No lo sé, depende del éxito de las patrullas que han salido a las carreteras. Pero no se preocupe. He hablado con el sargento Koe: él estará siempre cerca de usted. Me lo ha prometido —respondió Johnson.

—Cuídate, hijo —le encareció Mandroni—. Me gustaría seguir siendo amigos durante largos años, ahora que todo parece indicar que voy a salir de ésta…

—¡No lo dude! —exclamó el mayor Myers—. Estaremos en Dagangha antes de lo que Harcon Doboe desearía.

*

Al anochecer, los escuchas dieron la voz de alerta desde lo alto del puesto de observación:

—¡Atención! ¡Se aproximan varios vehículos a través de la selva!

Minutos después, cuatro trans blindados y fuertemente artillados se detenían en el calvero. Los patrulleros hicieron descender a los prisioneros y los encerraron en la bodega de la Turbo-Flight-202.

Poco después partía hacia el norte el comando seleccionado por el coronel Edmonton, con la misión de tomar el silo de Bagur-Sho.

El itinerario incluía un largo rodeo a lo largo de estrechos caminos forestales, algunos de ellos, simples sendas apisonadas por los animales salvajes en sus caminos hacia los bebederos. Sin embargo, la prudencia aconsejaba alejarse de los parajes próximos a Dagangha

con el fin de evitar un enfrentamiento indeseable con patrullas de Harcon Doboe.

El viaje se convirtió en un monótono deambular a través de los caminos de la intrincada y espesa floresta.

En una ocasión, tras varias horas de viaje, la columna se detuvo bruscamente. Johnson, que viajaba en la cabina del segundo vehículo, sacó la cabeza por la ventanilla y vio, asombrado, las moles de una pareja de draks, que permanecían en mitad de la senda, deslumbrados por los focos del trans del coronel Edmonton.

Los mastodónticos bóvidos de doce toneladas de peso, recularon, enfurecidos, y dejaron oír sus mugidos espeluznantes. Por un momento, Johnson temió que los impresionantes cuadrúpedos cargaran contra el comando, pero alguien disparó una carabina eléctrica, que alcanzó al macho en su peluda anca. De las crines se desprendió una columna de humo azul. El animal bufó, largó dos coces que troncharon otros tantos árboles de recio tronco y se alejó entre las frondas, arrollándolo todo a su paso. La hembra le siguió en seguida y los vehículos reanudaron la marcha.

Sinuosas formas, tan gruesas como el muslo de un hombre, escapaban de la luz de los faros reptando apresuradamente entre los arbustos. A veces, un gozl fosforescente surgía en la noche y venía a estrellarse sordamente contra los protegidos faros.

Al fin, el trans del coronel Edmonton aminoró la marcha hasta detenerse por completo. Myers bajó de su vehículo y se reunió con Edmonton. Consultaron brevemente el mapa que el coronel tenía sobre las rodillas.

—Estamos a un par de kilómetros —observó Johnson—. Lo más prudente es abandonar los vehículos y avanzar a pie a partir de aquí.

Edmonton estuvo de acuerdo. Los hombres del comando bajaron de los vehículos y formaron una columna que se alejó a lo largo de la senda.

La noche era clara y permitía caminar sin utilizar las lámparas portátiles. Sin embargo, a veces se dejaba oír un gruñido feroz en lo más profundo del bosque y alguien encendía un foco y exploraba el lugar de donde provenía el rumor. Por lo común, apenas podía ver una silueta oscura que se perdía rápidamente entre los troncos de los árboles, y el comando proseguía inmediatamente la marcha.

Johnson, que caminaba junto al capitán Colbert, recordó en aquel momento las truculentas historias acerca de los kruugs de Kil-Edra.

—Dígame una cosa, Colbert —demandó Myers en voz baja—. ¿Qué hay de cierto en los relatos de los kruugs, esos cíclopes que se alimentan de carne humana?

—¿Caníbales? ¡No! Los kruugs existen, sin duda. Se trata de una especie de gigantescos gorilas muy peludos, que habitan en las grutas

de Kil-Edra. Algunos machos miden hasta tres metros de altura. Pero como la mayor parte de los cuadrúpedos, los kruugs son frugívoros .

—¿De dónde procede, entonces, la leyenda que atribuye tendencias antropófagas a esos espeluznantes especímenes? —preguntó Johnson, pasmado de asombro...

—La leyenda la inventó el coronel Karibi. Era una forma más de disuadir a los presos que pensaban en la fuga —declaró Colbert.

—Sin embargo, yo vi el cuerpo espantosamente mutilado de un joven prisionero. Usted mismo aseguró que era obra de los kruugs...

—Y era verdad —respondió el capitán—. Pero déjeme que le explique. Karibi llevaba un verdadero infierno en su mente enferma y trató de convertir el Destacamento de Kil-Edra en una trampa diabólica...

Según Colbert, antes de que Karibi llegase al campamento, los kruugs se mostraban tímidos y esquivos ante la presencia del hombre.

—Pero el coronel envió patrullas a sus guaridas. Vistió a los soldados con los uniformes grises de los reclusos y les ordenó que hostigaran a los animales —narró el oficial—. Los soldados disparaban contra ellos pistolas eléctricas e incluso llegaron a matar a algunos ejemplares. Y esto se llevó a cabo de forma sistemática, hasta que los kruugs se sintieron acosados y exacerbados y su conducta se alteró.

La diabólica mentalidad de Karibi había esbozado perfectamente su plan. Al cabo de unos meses, envió a unos cuantos forzados con la excusa de talar algunos árboles.

—Los guardianes se retrasaron y los reclusos penetraron en el bosque. De pronto aparecieron los kruugs y despedazaron a ocho hombres, mientras los guardias se daban a la fuga. Esa es toda la historia —terminó Colbert.

Johnson no hizo más preguntas, ni el capitán añadió ningún comentario. Entretanto el comando se aproximaba a las colinas donde se encontraba el silo atómico de Bagur-Sho.

Al bosque sucedió una sabana salpicada de arbustos. Luego, en mitad de la noche brilló un reflector.

—¡Ahí está! —susurró el mayor Myers—. El reflector es automático, lo que quiere decir que seguirá funcionando toda la noche aunque los centinelas estuvieran dormidos.

—Dé usted las instrucciones, puesto que conoce el terreno —propuso Edmonton.

—Bien. Avanzaremos en grupos de siete hombres y aprovecharemos los intervalos en que el reflector describe su vuelta. Una vez al pie de la colina, rodearemos las edificaciones y avanzaremos cuerpo a tierra. La edificación es circular y está rodeada de blocaos artillados con misiles y ametralladoras. Pero normalmente

sólo vigilan cuatro centinelas, dada la prominencia del terreno y la seguridad del silo. Cuando el último hombre se haya aproximado a las defensas, esperen sin moverse. Yo avanzaré hasta el cuerpo de guardia —indicó el mayor Myers.

El fue el primero en dirigir uno de los pelotones, en cuanto el reflector se alejó con su vivo haz de luz, alrededor del cual zumbaba una manada de gozls.

Eran las dos de la madrugada. A las dos quince, todos los hombres del comando habían alcanzado posiciones muy próximas a las defensas de hormigón armado.

Entonces, Myers remontó la cuesta con su fusil deflagrador en la mano izquierda. Como no podía utilizar el brazo derecho, le costó un gran esfuerzo afianzarse en el zócalo y gatear por encima del redondeado blocao.

Se descolgó al otro lado y se pegó contra el muro. Aguzó el oído, pero no pudo escuchar el menor rumor. A diez metros de distancia estaba el cuerpo de guardia, con sus ventanas blindadas. Myers saltó hacia allá y llegó hasta el muro en una corta y rápida carrera. En lo alto, zumbaban ruidosamente los gozls, que se estrellaban a menudo contra el pirovidrio del fanal.

Conocía tan bien aquel edificio que incluso sabía donde dormía el oficial responsable del depósito de módulos nucleares: en una de las habitaciones del ala norte del edificio.

La resistente puerta blindada estaba cerrada, por supuesto.

Myers vaciló un momento. Al cabo se retiró unos pasos y apuntó a la cerradura. Disparó el fusil y la deflagración destrozó la puerta.

Todavía flotaba el acre humo en el marco de la puerta, cuando Johnson penetró a la carrera. Atravesó un amplio salón-oficina, corrió a lo largo de un pasillo, empujó una puerta de una patada y… encendió la luz en el momento en que el oficial se subía los pantalones.

—Ni un movimiento, capitán —advirtió—. Lo que tengo en la mano izquierda es un fusil deflagrador. Su proyectil estallará en su cuerpo y le convertirá en piltrafas. Si quiere seguir viviendo, siga mis instrucciones al pie de la letra. ¿Está dispuesto?

El capitán Mouraes asintió, trémulo.

—¿Qué debo hacer, mayor Myers? —preguntó, separándose cautamente de la silla donde había dejado el cinturón con la pistola dentro de la funda.

—Se trata de un contragolpe, dirigido por el coronel Edmonton contra Harcon Doboe. Hemos decidido apoderarnos del almacén de módulos nucleares en tanto se aclara la situación. Salgamos. Haga venir a su suboficial y consiga que todos los centinelas se reúnan en el salón —indicó el mayor.

Mouraes dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Escuche, mayor. No se ponga nervioso, ¿eh? Mis hombres y yo estamos dispuestos a rendirnos o a ponernos a sus órdenes. Créame, si hemos obedecido las órdenes del general Doboe ha sido con desgana. Nadie desea a Doboe —declaró.

Johnson relajó sus músculos. Apenas podía creer que la toma de un punto de tanta importancia estratégica como Bagur-Sho pudiera tomarse sin disparar un solo tiro.

— Perfectamente. Es una actitud muy prudente y acertada, capitán. ¿Quiere llamar a sus hombres? —pidió.

Mouraes estaba pulsando el interfono, cuando un suboficial y dos centinelas aparecieron en la destrozada puerta. Por un momento, en sus rostros se reflejó la decisión, después la sorpresa y en seguida el asombro más intenso al comprobar que el mayor Myers dejaba su fusil deflagrador sobre la mesa y se sentaba tranquilamente en una silla.

—Tranquilícense —se apresuró a decir Mouraes—. El coronel Edmonton y el mayor Myers comandan un contragolpe dirigido contra el general Doboe. Su intención es apoderarse de estas instalaciones. En nombre de todos vosotros, me he puesto a su disposición. Utilice pues, su transmisor, sargento, y haga venir a la guardia. Quiero informarles al respecto.

Por unos minutos, el depósito de Bagur-Sho, permaneció sin vigilancia. Mientras Mouraes explicaba a sus soldados la situación. Entretanto, Johnson salió a la explanada y encendió una bengala azul que brilló durante unos segundos en las alturas.

Cuando Edmonton supo el rápido desenlace de la operación, no pudo evitar un gesto de admiración.

—Si todo se resuelve tan fácilmente, antes de una semana estaremos en Dagangha —dijo, frotándose las manos.

CAPITULO XIII

Tres días después, Johnson Myers volvía a Dagangha.

Al atardecer, un trans penetró en la ciudad, media hora antes de que la valla se electrificase con 50.000 voltios de tensión.

En el vehículo viajaba el capitán Mouraes y el mayor Myers. Antes de llegar a la ciudad, habían sufrido tres controles por parte de patrullas del general Doboe. Por fortuna, Myers vestía un uniforme de soldado y cubría sus ojos con unas oscuras gafas de campaña. Como el salvoconducto de Mouraes estaba en regla, las patrullas le permitieron el paso. A pesar de lo cual, Johnson sólo respiró a gusto cuando el vehículo penetró en las calles de la ciudad.

—¿Adónde vamos, mayor? —preguntó el capitán.

—A Kogool —respondió Myers.

De nuevo volvía a aquel barrio de mala fama. Sonrió al preguntarse qué pensaría Perla Mayer-Brown si supiera que Johnson Myers volvía a Kogool aquel anochecer.

Guió a Mouraes hasta el bosquecillo que crecía a espaldas del «Hardy Wee». El vehículo se deslizó entre los árboles, tras un frondoso seto. Los dos militares esperaron hasta que se hizo de noche y se encendieron las macro-lámparas que iluminaban Dagangha en toda su extensión.

Entonces bajaron, cubrieron el vehículo con una lona verdosa y, tras asegurarse de que nadie les espiaba, saltaron el muro que limitaba el pequeño jardín del «Refugio Azul».

El sistema no era muy ortodoxo, pero Myers lo había escogido después de comprobar que numerosas patrullas a pie y vehículos blindados recorrían constantemente las calles de la ciudad. Indudablemente, Doboe no se confiaba.

Johnson estaba dispuesto a jugarse su baza a cara o cruz.

Si Ting-Alli era una traidora, Mouraes y él y toda la operación se habrían perdido. Si, como le decía su corazón, Ting-Alli le había sido fiel a pesar de las apariencias, todo andaría sobre ruedas.

Atisbaron a través de los finos paneles de cristal decorado. Algunas figuras se movían al otro lado. Se oyó una exclamación brusca, masculina, que fue coreada por unas risas femeninas. Johnson se apartó de allí y Mouraes le siguió.

—¿Ha estado aquí alguna vez, mayor? —preguntó Mouraes, en un susurro.

—Alguna vez, sí —respondió Johnson, con una sonrisa irónica.

Rodearon un macizo de fragantes y grandes flores y se, aproximaron a los paneles fronteros. Uno de aquellos finos ventanales

deslizables estaban entreabiertos. Johnson atisbo, husmeó, y supuso que se trataba de la estancia donde Ting-Alli solía preparar sus deliciosas combinaciones alcohólicas.

Descorrió un poco más el panel y comprobó que la habitación estaba vacía.

—Vamos —dijo. Y saltaron por encima del zócalo y penetraron en la estancia. La puerta estaba cerrada. Johnson hizo una seña a su acompañante y ambos se situaron detrás.

Esperaron unos tensos minutos. Mouraes tenía su pistola eléctrica empuñada y la mano le temblaba un poco. Al otro lado de la puerta, se oía música mezclada con un murmullo de conversaciones a media voz.

Luego, de pronto, repiquetearon unos rápidos pasos que Johnson reconoció en seguida: Ting-Alli se acercaba. Ella empujó la puerta con un codo, pues llevaba una bandeja en las manos, y entró.

Respingó, asustada. Pero Johnson le tapó los labios con su única mano útil y advirtió:

—No grites —Y ella asintió con un rápido parpadeo, por lo que Myers retiró su mano y la dejó libre.

—¡Zuru Johnson! —exclamó Ting-Alli entre sorprendida y gozosa —. ¿Eres tú, en verdad? Me dijeron que estabas...

—Ya lo sé, Zuru-lai —respondió Myers—. Pero he regresado. Y tú debes saber muy bien lo que significa eso.

Los ojos de la preciosa mujer brillaron, alegres.

—Sólo puedo decir una cosa, zuru: ¡celebro que estés aquí! —exclamó. Y le besó en ambas orejas con tal efusión, que Mouraes retiró la mirada, confuso.

Los ojos azules de Johnson profundizaron en aquellos otros dorados y húmedos. Le bastaron aquellos segundos para saber que Ting-Alli no era culpable.

—Escucha, Ting-Alli: necesito tu ayuda desesperadamente. De ti dependen muchas cosas, incluido tu negocio y el bienestar de todas las personas de este planeta —declaró.

—Comprendo. Se traía del general Doboe, ¿me equivoco? En Dagangha, todo el mundo le odia. Si se trata de derribar a ese déspota, cuenta conmigo —respondió la mujer.

Johnson sacó una fina hoja de papel.

—Esto es lo que te pido: que envíes un mensaje a todas las personas relacionadas en esta lista —explicó Myers—. Tu emisario sólo debe pronunciar estas palabras: «Myers-Hardy-Wee-Amanecer». ¿A qué horas sueles cerrar tu negocio?

—Hacia la mitad de la madrugada, pero si es necesario cerraré antes. Sólo tendré que cargar un poco más los cócteles —sonrió ella, picara.

—Perfectamente; la hora acostumbrada está bien. Otra cosa: ¿dispones de una estancia privada donde podamos reunirnos con media docena de personas? —preguntó el mayor Myers.

Por toda respuesta, Ting-Alli levantó la alfombra que cubría el pavimento y descubrió una trampilla disimulada entre el caprichoso juego de los mosaicos. Tiró de ella y Johnson vio el arranque de una escalera.

—Ese es mi refugio. Lo hice construir por si alguna vez las cosas iban mal —rió la mujer, de excelente humor—. Y ahora dejadme preparar los combinados que acaban de encargarme o alguien vendrá a buscarme. Esperadme aquí. Volveré en seguida. Enviaré a uno de mis muchachos a cumplir tu encargo, zuru.

—En ti confío, zuru-lai —respondió Johnson.

Mientras Ting-Alli mezclaba zumos con hielo picado y bebidas alcohólicas, dijo:

—Hay comida abundante en ese mueble. Comed. Tenéis cara de hambre.

Salió en seguida. Y volvió tan rápido como había prometido.

—Acabo de escuchar una noticia que quizá te interese, zuru —anunció Ting-Alli, bajando la voz.

—¿De qué se trata? —preguntó Johnson, inquieto.

—Al parecer, el general Doboe piensa trasladar al general

Mayer-Brown y su hija a una colonia del interior, donde existe una prisión más segura que los calabozos del palacio del gobernador —explicó la mujer—. Pero la opinión del capitán Maretti es otra: me ha dicho en secreto que Doboe quiere sacar a padre e hija para deshacerse de ellos discretamente. Es decir, posiblemente los fusilarán en cuanto los hayan alejado unos cuantos kilómetros de la capital.

Johnson se alzó consternado.

—Esto va a precipitar las cosas —murmuró. Y miró a Ting-Alli—. ¿Enviaste al mensajero?

—Está en camino. No te preocupes. Yo me ocuparé de resolverlo todo —prometió.

Ya se disponía a marcharse con una nueva bandeja llena de cócteles, cuando Myers la retuvo suavemente por un brazo.

—Desde que llegué aquí, estoy deseando hacerte una pregunta, zuru-lai, pero temo demasiado a la respuesta.

—Hazla —respondió Ting-Alli—. Se trata de Kira-My, ¿no es cierto?

—¡Sí! —respondió Myers, fogoso—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Imagino que sus parientes lograron esconderla. Durante dos meses, los sicarios del general Doboe la buscaron como perros hambrientos. Pero no se difundió ninguna noticia acerca de ella. Tal vez está escondida, pero…

—¿Qué?.

—Lo más sensato es que no te hagas muchas ilusiones —respondió la mujer, con una sonrisa triste.

*

El coronel Swandi Torah estaba de acuerdo. Y el mayor Less Burker, jefe de la defensa aérea. También dieron su asentimiento el coronel Larraga, ayudante del depuesto general Mayer-Brown, y el mayor Ben Arruwi, los capitanes Mosley, Cortez, Hering y Logage.

Todos ellos eran jefes y oficiales prestigiosos que habían ostentado puestos importantes durante el Gobierno de Mayer-Brown. Como Doboe sabía que aquellos profesionales eran leales al general, lo primero que hizo tras el golpe fue deponerlos y extrañarlos.

A lo largo de aquella improvisada sesión de Estado Mayor, Johnson Myers oyó las propuestas de los oficiales. De común acuerdo, cada cual se hizo cargo de una función.

Inmediatamente, el mayor Myers los despidió. Estaba amaneciendo y era preciso que los conjurados abandonasen «Hardy Wee» antes de que se hiciera de día, con el fin de evitar ser interceptados por las patrullas de Doboe.

Media hora después, Myers y Mouraes abandonaba subrepticiamente el «Refugio Azul». Ocultos en el interior del trans que habían camuflado la noche anterior, esperaron hasta que se oyó el toque de sirena que anunciaba la deselectrificación de la valla.

Entonces retiraron la malla verdosa y abandonaron Dagangha.

Sufrieron un control a unos tres kilómetros de distancia, que pasaron sin novedad. Pero ante el peligro de ser interceptados nuevamente y detenidos, abandonaron la carretera y avanzaron por una senda en medio de la selva.

A las once de la mañana, se reunían con el coronel Edmonton en el campamento de la selva de Muro.

—Todo dispuesto —informó Myers—. La señal para el levantamiento será el ataque aéreo a la aerobase de Dagangha.

—¿Con qué diablos piensa bombardear su objetivo? —saltó Edmonton, atónito.

—No se trata de un ataque propiamente dicho. El Turbo-Flight-202 cuenta con lanzarrayos paralizantes y con surtidores de niebla artificial que cubrirán en pocos segundos el perímetro de la base próxima al palacio gubernamental. Los rayos paralizantes y el humo serán suficientes para evitar que las aeronaves de Doboe despeguen. El trato con los oficiales depuestos por Doboe no contempla la destrucción de la ciudad, sino la mera intimidación. Pensamos que será suficiente. Por otra parte, cuando el Turbo-Flight

aparezca sobre la ciudad, usted estará a un paso con sus comandos —explicó Myers.

—Me parece que va usted demasiado aprisa, mayor —Edmonton apenas podía disimular su impaciencia—. Y también se ha tomado atribuciones que no le correspondían...

—La urgencia se debe, sencillamente, a que Doboe ha decidido asesinar en secreto a Mayer-Brown y, probablemente, a su hija —confesó Myers, disgustado por la reticencia del coronel.

—Mayer-Brown y su hija no son tan importantes como el éxito de la operación —observó Edmonton con toda frialdad.

—Para mí y para todos los oficiales honestos, sí, señor —respondió Johnson, con energía—. Y de todos modos, ya no tiene solución: hemos acordado que Torah, Burker, Larraga, Ben Arruwi y los oficiales entrarán en acción cuando nuestra aeronave ataque la aerobase. De modo que lo mejor es que lo dispongamos todo aprisa. En Dagangha nos esperan durante las horas de la canícula. El calor estará de nuestra parte —resumió Myers.

*

Los estampidos despertaron a todos los que dormían la siesta aquella tarde. Cuando se asomaron a la calle, vieron el banco de niebla artificial que flotaba sobre la aerobase y los cárdenos latigazos de los disparos eléctricos de inmovilización.

En la calle, se produjo un gran estrépito. Corrían raudos los trans blindados y la gente tranquila optó por esperar el curso de los acontecimientos en sus casas.

A las cuatro de la tarde, el mayor Myers hizo descender su Turbo-Flight-202 a trescientos metros del palacio gubernamental. Llevaba el fusil en la mano, pero no lo necesitó: el mayor Less Burker dominaba ya la situación en la base.

Myers saltó a tierra y corrió, seguido del capitán Mouraes y el sargento Koe hacia el cuartel del S.I.P., cuyos agentes no sólo no ofrecieron resistencia, sino que le secundaron inmediatamente al conocer el signo del levantamiento.

A las cuatro quince se oyó un tiroteo en el palacio gubernamental. Dos de los esbirros del general Doboe acababan de caer.

Dos minutos después, Johnson Myers descubría al general Doboe. Se había dormido en un baño tibio y perfumado después de fumarse una pipa de rinx-groy. Su despertar no fue muy agradable, cuando estaba a punto de ahogarse, Johnson sacó su cabeza de un tirón.

—¡No dispare! —gimió, al ver el cañón del fusil deflagrador apoyado en su mejilla—. ¡Se lo suplico, mayor Myers! Firmaré... Confesaré... Diré lo que usted quiera.

—No me extraña —le escupió Johnson con profundo desprecio—. Usted es un reptil, Doboe. Y los reptiles cambian la piel con frecuencia.

Los del S.I.P. le sacaron del baño, desnudo y gimoteando. También estaban desnudos, avergonzados y humillados el general Mayer-Brown y su hija, la preciosa Perla, aunque ambos ocuparon distintos calabozos.

Johnson, intimidado al ver aquella crueldad, pidió a sus hombres que buscaran ropas apropiadas antes de abrir las puertas de los calabozos. Aguardaba impaciente cuando se volvió a escuchar unos rápidos pasos.

Un objeto metálico golpeó salvajemente su mano izquierda, que sujetaba el fusil. Y el hueso se partió con un atroz chasquido.

El coronel Edmonton alejó el fusil de una patada y encañonó a Myers.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó éste, con el rostro crispado de dolor y la mano izquierda colgando de forma absurda—. ¡Me disponía a colgar al general Mayer-Brown y a...!

—Déjelos que continúen ahí —respondió Edmonton, con voz helada—. ¡No sea estúpido, Myers! ¿Imagina que me tomé todo este trabajo para sentar en su sillón al hombre que me envió a Kil-Edra? Desde luego que no. Me libraré de padre e hija... después de haberle eliminado a usted. No me proponía nacerlo, se lo juro, pero usted ha resultado demasiado peligroso.

Johnson vio cómo alzaba el fusil y también el destello asesino de sus ojos. Entonces elevó un poco su brazo derecho escayolado...

Edmonton vio surgir un destello plateado y sintió durante una décima de segundo cómo el rayo láser perforaba su hueso frontal y destrozaba su cerebro. Cuando cayó de espaldas, una expresión de intenso asombro había quedado fija sobre su rostro.

Algunas personas llegaron en tropel en ese momento. Mouraes fue el primero en comprender lo que acababa de ocurrir.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó, asombrado.

—Me rompí la muñeca izquierda en Kil-Edra. Confieso que lo hice a propósito, el día que encontré la pistola láser que Edmonton ocultaba bajo el piso del montacargas. El hombre que me escayoló el brazo, ni siquiera la vio, porque yo me había puesto una venda encima. He llevado la pistola entre mis dedos durante muchos días, pero ha valido la pena —resumió Johnson, con un suspiro entrecortado—. La verdad es que nunca me fié de Edmonton. Y los acontecimientos me han dado la razón.

Pidió a Mouraes que se ocupase de atender al general y a su hija, y escapó apresuradamente del palacio gubernamental.

—¿Dónde está, qué ha sido de ella? —había preguntado el mayor

Myers, angustiado. El sargento Koe aguardaba a unos pasos. El sargento le había guiado hasta la vivienda de los padres de Kira-My, un nativo llamado Korrox y una terrsh de piel blanca que se llamaba Catherine Duchámps.

Korrox respondió inexpresivo:

—Sígame.

Habían escalado una pequeña colina arbolada y llegado ante el pequeño cementerio tribal. Karrox caminaba apresuradamente entre las tumbas, ornamentadas al gusto nativo. Es decir, rodeadas de piedrecitas blancas y pequeñas macetas.

Al fin, Korrox se había detenido ante aquella tumba. Una sencilla piedra blanca ostentaba una palabra que hizo estremecer al mayor Myers: «KIRA-MY».

Lágrimas ardientes brotaron de los ojos azules de Johnson Myers. Y de pronto, se limpió las lágrimas al escuchar aquel grito alegre:

—¡Johnson, zuru Johnson!

Y Kira-My se precipitó en sus brazos, palpitantes. Ella le besó primero en las orejas, según el rito tribal. Luego, apasionadamente, en la boca.

—Pero ¿cómo…, qué…? —murmuraba Johnson, atónito.

—Hay una pequeña vivienda ahí abajo —dijo Korrox inexpresivo —. Cuando los «perros» buscaron a mi hija, excavamos la fosa y trajimos aquí a Kira-My, pues Doboe la hubiera matado. Han transcurrido muchos días. Ella permanecía ahí hasta el anochecer, que yo venía a buscarla y la llevaba a casa. Ahora puedes llevártela. Es tuya.

Johnson no sabía si reír o llorar. Finalmente sus manifestaciones de alegría se convirtieron en una mezcla de risa y llanto.

Kira-My, que le miraba intensamente a los ojos, susurró:

—¡Abrázame, zuru!

—¡No puedo! —respondió él consternado, al recordar que tenía ambos brazos rotos. Y entonces sí, entonces, rió con toda su alma.

FIN